La Sociedad de la Ignorancia

y otros ensayos

Antoni Brey
Daniel Innerarity
Gonçal Mayos

libros infonomia

Antoni Brey (Sabadell, 1967) es ingeniero de telecomunicación. Ha sido miembro del Grupo de Información Cuántica del Instituto de Física de Altas Energías y autor de los ensayos *La Generación Fría* y *El fenómeno Wi-Fi*, miembro fundador del *Fiasco Awards Team* y director del documental *Un Tiempo Singular*.

Daniel Innerarity (Bilbao, 1959) es profesor titular de filosofía en la Universidad de Zaragoza. Sus últimos libros son *Ética de la hospitalidad, La transformación de la política* (III Premio de Ensayo Miguel de Unamuno y Premio Nacional de Ensayo 2003), *La sociedad invisible* (XXI Premio Espasa de Ensayo), *El nuevo espacio público* y *El futuro y sus enemigos*. Es colaborador habitual de opinión en los diarios *El País* y *El Correo - Diario Vasco*, así como de la revista *Claves de razón práctica*.

Gonçal Mayos (Vilanova de la Barca, 1957) es profesor titular de filosofía en la Universidad de Barcelona, coordinador del programa de doctorado "Historia de la subjetividad" y presidente de la Asociación filosófica Liceu Maragall. Ha publicado sobre pensamiento moderno y contemporáneo, investigando los procesos de larga duración e interdisciplinarios que se originan en la sociedad actual.

Los contenidos de este libro se publican bajo la licencia
Reconocimiento-No comercial 3.0 No adaptada de **Creative Commons**
(más información a http://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/deed.es).

La Sociedad de la Ignorancia forma parte del proyecto **La Segunda Edad Contemporánea**
www.thesecondmoderntimes.com
contact@thesecondmoderntimes.com

Zero Factory, S. L.
Av. Icària, 205, 2.º 1.ª
08005 Barcelona
Tel. 932 240 150
Fax 932 251 981
info@infonomia.com
www.infonomia.com

Primera edición: mayo 2009

Disseny: dotstation
Maquetació: Sílvia Langa

ISBN: 978-84-613-2970-0

La Sociedad de la Ignorancia

y otros ensayos

Antoni Brey
Daniel Innerarity
Gonçal Mayos

Prólogo de Eudald Carbonell

índice

prólogo

Los ensayos de Antoni Brey, Daniel Innerarity y Gonçal Mayos recogidos en el presente volumen constituyen una síntesis lúcida de nuestro comportamiento social como especie. La evolución exponencial de nuestros procesos de regulación energética, la aplicación técnica de los mismos, así como el crecimiento demográfico están produciendo una situación de incertidumbre sobre nuestro futuro en el planeta.

La hiperconexión que se produce como consecuencia de la socialización de la revolución científico-técnica nos hace incrementar la complejidad en los procesos de relación social de especie, como nunca antes se había producido.

La complejidad que ha emergido es un producto evolutivo y no se puede gestionar, en contra de lo que algunos especímenes humanos piensan; lo único que podemos hacer como Homo sapiens, para enfrentarnos al futuro, es trabajar para poder manejar la incertidumbre planteando escenarios hipotéticos y aplicando modelos que, en cualquier caso, deberán contrastarse empíricamente.

La tecnología y su socialización generan tensiones y divisiones en nuestras estructuras etológicas y culturales. No se ha producido, pues, una socia-

lización efectiva del conocimiento y ello impide que caminemos hacia la sociedad del pensamiento, tal como deberíamos hacer.

Por lo tanto, las dicotomías históricas continúan en pleno progreso y ni los expertos ni los eruditos ni tampoco los sabios tienen bastante capacidad para integrar la información de que disponemos. El individualismo debe dejar paso a la individualidad, es decir, las personas hemos de actuar no como especimenes, si no como constructores sociales, aportando de forma crítica nuestros conocimientos a la organización de la especie. Esto, por ahora, no es así, a pesar de la socialización de la cultura y de la educación. Actualmente, como dice Antoni Brey en su opúsculo, nos invade la sociedad de la ignorancia. A pesar de ello, soy optimista y mantengo la esperanza de que todo sea consecuencia del momento de transición en que nos hallamos inmersos, como un capítulo pasajero de nuestra travesía hacia una mejora ecológica y cultural de nuestra especie.

Ahora bien, para que realmente lleguemos a este punto, debemos trabajar en la perspectiva de generar una nueva conciencia crítica de especie. Solamente con una evolución responsable, construida a través del progreso consciente, podremos convertir conocimiento en pensamiento, alejándonos de este modo de la sociedad de la ignorancia.

Eudald Carbonell Roura

introducción

Sobre la singularidad de nuestro tiempo, que corresponde al inicio de la Segunda Edad Contemporánea

Antoni Brey

Peter Watson, autor de varios libros sobre el historia del pensamiento, ha manifestado en numerosas ocasiones sus reservas acerca de la relevancia que tendemos a otorgar al momento actual en el contexto de una perspectiva histórica amplia:

«El año 2005 no puede competir con 1905 en términos de innovaciones importantes. El anuncio de la semana pasada de que científicos británicos y coreanos habían clonado con éxito embriones humanos no hace sino reforzar este punto [...]. Nos congratulamos por vivir en una época interesante, pero ¿no es éste un ejemplo más de la ceguera particular que nuestra era solipsista tiene sobre sí misma, una forma más grave de la enfermedad por la cual la princesa Diana puede ser cualificada como la británica más importante (¿o era la segunda más importante?) de todos los tiempos?»[1]

Cuando tuve ocasión de conocerla, la argumentación de Watson me produjo una sana inquietud porque constituía un torpedo a la línea de flotación de una certeza que para muchos resulta hoy evidente, la que surge cuando alzamos la vista, miramos a nuestro alrededor y constatamos la existencia de una, en apariencia, profunda transformación: asistimos a un proceso de cambio en el cual se mezclan, de forma indisoluble, infinidad de interacciones y relaciones causales, que está afectando de forma drástica desde las convicciones de los individuos a la esencia de los sistemas productivos o a la estructura política de los estados.

¿Cuál es, pues, la verdadera profundidad de la actual transformación? Posicionamientos como los de Watson nos obligan a admitir que, ante el riesgo de sobrevalorar su importancia, es pertinente intentar precisar si se trata únicamente de una nueva capa de barniz en el proceso de construcción de la Historia o, bien al contrario, si nos encontramos ante una situación singular que modifica dicho proceso de forma radical e irreversible.

Ciertamente, los individuos de cualquier época han mostrado siempre una tendencia a destacar la excepcionalidad de su tiempo y lo han hecho, sin duda, condicionados por el relieve que la proximidad proporciona de los sucesos vividos, por una actitud ineludible de admiración ante la experiencia sensible y por la percepción de la vivencia propia como un hecho remarcable, una percepción que ignora el carácter esencialmente monótono y homogéneo de esa sucesión constante de existencias que denominamos la Humanidad.

Por lo tanto, para despejar la duda es necesario establecer un criterio claro que permita discernir qué tipo de acontecimiento constituye una singularidad en la evolución de nuestra especie y cual no. Para hacerlo es útil

partir de una concepción materialista del ser humano: somos, en esencia, un primate con marcados instintos sociales dotado de un cerebro desarrollado y bien adaptado que nos proporciona una cierta ventaja competitiva ante otros animales, a través de una inteligencia que se manifiesta en dos facultades fundamentales: la habilidad para manipular nuestro entorno y la capacidad para comunicarnos de forma simbólica. Ni más, ni menos.
Desde este punto de vista, el carácter de singularidad vendrá determinado por la existencia de alguna modificación sustancial en cualquiera de las dos facultades. Dicho de otra manera, los acontecimientos que en forma de batallas, revoluciones, cambios de régimen, auge y caída de imperios o hechos protagonizados por las personalidades más relevantes, que habitualmente interpretamos como hitos de la historia, no deberían ser considerados sino como las rugosidades inherentes del camino o, a lo sumo, como los ecos de transformaciones más profundas.

Por el contrario, los saltos cualitativos en las habilidades para manipular el entorno, es decir, en la capacidad humana para dominar la naturaleza, tales como el control del fuego, la invención de la agricultura, el descubrimiento de los metales, la revolución industrial o el surgimiento de las actuales tecnologías de la información, han cambiado de raíz nuestra organización social y nuestra forma de interpretar la realidad.

Los cambios en el otro factor, la capacidad de comunicarnos, aparecen incluso con menor frecuencia y son de una trascendencia aún mayor, pues la comunicación es la base de la cultura, entendida en el sentido más amplio y, por lo tanto, constituye el fundamento de todo lo específicamente humano que supera nuestra biología animal. Realizamos el aprendizaje cultural mayoritariamente por imitación o por enseñanza directa de un congénere. Sin la existencia de formas de comunicación sofisticadas, el mencionado proceso de transmisión de información resultaría extremadamente difícil. Cualquier innovación en la capacidad para comunicarnos debe tener, necesariamente, una incidencia profunda sobre la cultura y, por extensión, sobre la esencia diferenciadora de nuestra especie.

Pues bien, esa capacidad de comunicarnos se transforma en contadas ocasiones, y lo hace en forma de saltos gigantescos cuya influencia es tal que determinan los principales cambios de rumbo de nuestra historia. En efecto, buena parte del éxito del género humano, el triunfo que hizo posible su difusión sobre la faz de la Tierra, es el resultado del primero de dichos saltos: la aparición del lenguaje. La gran expansión humana del Paleolítico, un proceso que se inició hace un millar de siglos y que llevo a nuestra especie desde las sabanas africanas a poblar la superficie entera del planeta, tuvo mucho que ver con el surgimiento de lenguas habladas similares a las de

nuestros días. Posteriormente, la aparición de la escritura, el siguiente gran salto en la comunicación humana, marcó por definición el inicio de la historia, y un nuevo paso, el desarrollo de la imprenta, supuso el comienzo de la edad moderna. Más recientemente, el creciente protagonismo de las masas experimentado desde la Revolución Francesa, rasgo distintivo que otorga personalidad propia a la edad contemporánea, ha evolucionado en paralelo con la existencia de los medios de comunicación que hoy conocemos.

Siguiendo esta línea de argumentación, debemos preguntarnos ahora si hoy nos encontramos ante una situación equiparable. Parece un hecho indiscutible que en unos pocos años los humanos nos hemos dotado de una nueva forma de comunicación. ¿Nueva? Es evidente que desde hace mucho tiempo disponemos de multitud de medios para intercambiar información más allá del simple lenguaje oral: la televisión, el teléfono y, naturalmente, el servicio postal de correos son algunos ejemplos de ello. Pero la perspectiva tecnológica no es, en realidad, la más adecuada para comprender las diferencias esenciales entre las diferentes formas de comunicación. Es preferible recurrir a un análisis de tipo *topológico* que nos permita clasificarlas en función de cómo fluye la información en las sociedades donde se dan.

Hasta fechas muy recientes dicha clasificación incluía únicamente dos categorías básicas. La primera, la de las comunicaciones *uno a uno*, correspondiente a una topología de formas lineales; en ella debemos incluir la comunicación oral, el teléfono, el telégrafo o el servicio postal. En una segunda categoría, formada por las comunicaciones *uno a todos* y representada por una topología en árbol en la que un único emisor hace llegar su mensaje a un número elevado de receptores, cabría inscribir la prensa escrita, los libros, la radio o la televisión.

La irrupción de una nueva gama de tecnologías destinadas a manipular y transmitir información ha creado un panorama completamente distinto. Por un lado, hoy existe a la mayoría de efectos una sola red formada por centenares de millones de conexiones permanentes de alta velocidad y por multitud de dispositivos aptos para proporcionar movilidad, lo cual representa un entramado dotado de unas potencialidades únicas y de una riqueza incomparablemente superior a todo lo que había existido hasta ahora. Por otro lado, se está produciendo un proceso de convergencia tecnológica que hace cada vez más invisible para los usuarios la complejidad subyacente, que tiende a integrar una amplia gama de servicios en todos los espacios de nuestra vida, desde el ámbito profesional y público hasta el más privado. Los individuos han dejado de ser simples receptores pasivos y se han convertido en elementos activos de una estructura dentro la cual se relacionan sin verse afectados por muchas de las restricciones que hasta

hace muy poco imponía la existencia física del espacio y el tiempo. Las personas hemos incorporado las nuevas capacidades como una extensión de nuestra naturaleza, hasta el punto de convertirlas en imprescindibles para vivir en el mundo actual.

Ha aparecido una nueva categoría en la clasificación topológica de la comunicación humana, la de *todos con todos*, asociada a una compleja forma de red. Se trata de un hecho que constituye una verdadera revolución, comparable a la aparición del habla, la escritura o la imprenta, y realmente está transformando el mundo que nos rodea. Físicamente, la magnitud laberíntica y turbulenta de nuestro mundo cambiante se sustenta, en última instancia, sobre una nueva forma de gestionar la complejidad que sólo es posible gracias a la existencia de máquinas dotadas de la habilidad para procesar información y, sobre todo, de la capacidad para intercambiarla con los humanos y entre ellas de forma automática. Todo ello conforma el esqueleto funcional de la estructura financiera del mundo, de la logística que hace posible la globalización o de los nuevos procedimientos de difusión de las ideas y las relaciones entre las personas.

…

La constatación de la existencia de este gran salto nos autoriza, pues, a contradecir a Watson y afirmar la rotunda singularidad de nuestro tiempo. Somos los protagonistas de un momento excepcional, un punto de inflexión en nuestra trayectoria como especie que nos lleva a plantear, a pesar de nuestra inevitable ausencia de perspectiva, la idea de que nos encontramos en el inicio de un nuevo período de la historia al que denominaremos, simplemente, la Segunda Edad Contemporánea. Intentar entrever algunos rasgos de su personalidad constituye la finalidad de los ensayos que se presentan a continuación.

La sociedad de la ignorancia

Una reflexión sobre la relación del individuo con el conocimiento en el mundo hiperconectado

Antoni Brey

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto.
Jorge Luís Borges, **La Biblioteca de Babel**

I

Durante el primer cuatrimestre del curso 1998-99 tuve ocasión de asistir como oyente a la asignatura de Relatividad General, materia optativa de la licenciatura de ciencias físicas que cada año se imparte en la Universidad Autónoma de Barcelona. Se trata de una disciplina compleja que, para poder ser asimilada adecuadamente, requiere del alumno una considerable formación previa en matemáticas, y que además tiene una utilidad práctica muy limitada. Pero si Aristóteles estaba en lo cierto cuando afirmaba que «todos los hombres desean por naturaleza saber»[2], entonces el esfuerzo está plenamente justificado: la Relatividad General de Einstein es una construcción racional de una belleza y elegancia casi insuperables, y constituye una de las teorías fundamentales para comprender, hasta donde el entendimiento humano ha sido capaz de llegar, el funcionamiento del universo en que vivimos.

Las facultades de física de la Universidad Autónoma de Barcelona y de la Universidad de Barcelona deben atender las ansias intelectuales sobre dicha materia de una población de más de siete millones de personas. Pues bien, durante los cuatro meses que duraron las clases nunca hubo más de cinco personas en el aula, incluyendo al docente. En algún momento llegaron a ser un dúo. Debo aclarar aquí que los profesores, Antoni Grífols i Eduard Massó, asistieron siempre a clase y expusieron la materia de forma magistral, aparentemente insensibles al desánimo que, desde mi punto de vista, debe de provocar la visión de un auditorio tan reducido. En los años posteriores el panorama no ha variado sustancialmente. El número de jóvenes que experimentan el deseo de estudiar y entender la teoría de la Relatividad General se puede contar con los dedos de una mano.

Malos tiempos para la física teórica, sin duda, pero ¿por qué debería preocuparnos?, ¿por qué tendría que interesar a alguien estudiar física teórica? La situación puede ser interpretada como normal, razonable y comprensible, y muy en la línea de lo que hoy frecuentemente se exige al sistema educativo, es decir, que produzca lo que demandan las empresas y el tejido productivo de un país a fin de contribuir al progreso colectivo. Es natural que nadie aspire a estudiar física teórica si no le ha de servir para ganarse la vida adecuadamente, y es innegable que el esfuerzo del estudiante difí-

cilmente se verá recompensado con un puesto de trabajo bien remunerado en su especialidad.

En realidad, la elección de los jóvenes no es más que el reflejo de las prioridades de la sociedad. Se trata de un buen indicador porque nos muestra tendencias generales que, en algunos casos, aún no han sido expuestas en forma de discursos más explícitos. Así pues, la falta de interés por estudiar física teórica, u otras materias abstractas, complejas y con escaso recorrido en el mundo laboral, vendría a poner de manifiesto una inclinación colectiva creciente hacia lo pragmático y un desinterés por el conocimiento como fin en sí mismo. Y también podríamos pensar, en este caso, que no hay nada de preocupante en todo ello si no fuera porque implica cierta contradicción entre la realidad del mundo en que vivimos y uno de los pocos discursos centrales en estos días donde no abundan los discursos centrales: el de que nos encaminamos hacia una nueva utopía denominada Sociedad del Conocimiento ¿O no existe tal contradicción?

II

Naturalmente, la respuesta a la pregunta anterior dependerá de qué entendamos por una Sociedad del Conocimiento. Empecemos, pues, por el principio. El término fue acuñado en 1969 por Peter Drucker para designar una idea concreta y perfectamente delimitada. Drucker, experto en management empresarial, dedicó un capítulo de su libro *La Era de la Discontinuidad*[3] a «La Sociedad del Conocimiento», en el cual desarrollaba, a su vez, una idea anterior, apuntada en 1962 por Fritz Machlup[4], la de «Sociedad de la Información». Drucker invirtió la máxima de que «las cosas más útiles, como el conocimiento, no tienen valor de cambio»[5] y estableció la relevancia del saber como factor económico de primer orden, es decir, introdujo el conocimiento en la ecuación económica y lo mercantilizó. Dejó claro, además, que lo relevante desde el punto de vista económico no era su cantidad o calidad sino su capacidad para generar riqueza, su productividad. Se trataba, sin duda, de un uso restringido de la palabra conocimiento, aunque completamente adecuado al contexto especializado de la teoría económica donde surgen tanto el concepto de Sociedad del Conocimiento como el de Sociedad de la Información.

Hoy, casi cuarenta años después, el término ha trascendido del círculo especializado de los expertos en economía y se ha convertido en un lugar común. Los políticos lo insertan en sus discursos para teñirlos de optimismo, los actores del mundo económico lo recitan como un mantra con el fin de exorcizar los espíritus malignos de la globalización y muchos ciudadanos

de a pie lo interpretan como el futuro deseable al que nos deben conducir las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. La Sociedad del Conocimiento se ha convertido en una nueva utopía, en una esperanza para tiempos desesperados, casi en la única expectativa colectiva que nos permite mirar hacia el futuro con cierta ilusión.

Es evidente que el origen inmediato del potencial utópico de la idea de una Sociedad del Conocimiento reside en su capacidad para proporcionarnos respuestas creíbles a la principal incertidumbre que nos plantea la dinámica del mundo actual: los efectos sobre la economía o, dicho de otra manera, sobre nuestro bienestar material. Desde una posición acomodada como la nuestra no es fácil evitar sentir cierta inquietud ante la deslocalización de empresas, la invasión de productos provenientes de economías emergentes, la concentración de la actividad en manos de las grandes corporaciones, el poder asfixiante de los mercados financieros o la obsolescencia de muchas actividades que habían sido, durante largo tiempo, el motor para generar los recursos que garantizaban nuestra prosperidad. La combinación de unas explicaciones de tipo global con unos efectos tan locales que llegan a incidir en nuestra vida cotidiana, nos hace sentir arrastrados por una corriente incontrolable. Si bien los indicadores macroeconómicos muestran un crecimiento significativo a escala mundial, éste no consuela a nadie: la prosperidad derivada de los procesos liberalizadores es una realidad, pero lo es también el hecho de que no se ha distribuido uniformemente, sino al contrario, algunos han pagado un alto precio por dicha liberalización.

A fin de esquivar las sombras que planean sobre el futuro, nos hemos mostrado predispuestos a abrazar la idea de que la capacidad para generar, administrar, difundir y aplicar adecuadamente un factor tan intangible como el conocimiento puede convertirse en el eje fundamental de los procesos productivos y de toda una gama de nuevos servicios todavía por descubrir, con la suficiente eficacia para garantizarnos, sobre todo, crecimiento. La predicción del nuevo modelo es optimista y esperanzada, aun cuando debe hacer equilibrios para evitar desatar nuevos temores: el uso masivo de la tecnología y un incremento sustancial de la eficiencia productiva podrían dejar a mucha gente fuera de los circuitos generadores de riqueza.

Es un hecho innegable que buena parte de lo planteado por Druker es hoy una realidad. La tecnología ha propiciado el surgimiento de una Sociedad de la Información, organizada topológicamente como la Sociedad en Red descrita por Manuel Castells[6], en la cual la acumulación de conocimiento se ha convertido en el elemento determinante para mantenerse a flote entre las turbulencias provocadas por una dinámica de cambio desbocada. Podríamos finalizar este breve análisis constatando que, tal y como hoy

está planteada, la Sociedad del Conocimiento no es más que una nueva etapa de un sistema capitalista de libre mercado que aspira a poder seguir creciendo gracias a la incorporación de un cuarto factor de producción, el conocimiento, al clásico trío formado por la tierra, el trabajo y el capital. Desde la concepción democrático liberal en que nos encontramos inmersos, no alcanzamos a vislumbrar alternativas consistentes a la Sociedad del Conocimiento.

III

Pero abandonemos ahora la visión del conjunto, el análisis *macro*, y centrémonos en el objeto principal del presente ensayo, las implicaciones del nuevo contexto sobre la unidad básica de la estructura social: el individuo. El discurso actual da por sentado que las nuevas herramientas para manipular y acceder a la información nos van a convertir en personas más informadas, con más opinión propia, más independientes y más capaces de entender el mundo que nos rodea, una suposición que pone de manifiesto las connotaciones utópicas del concepto Sociedad del Conocimiento, tras las cuales subyace un mensaje subliminal que vincula individuo y conocimiento, una vinculación imprecisa pero extremadamente sugerente por el mero hecho de involucrar la palabra, casi fetiche, *conocimiento*. En efecto, el término conocimiento posee una carga simbólica enorme que debemos analizar con detalle antes de proseguir nuestra discusión, para lo cual es necesario, en primer lugar, aclarar el siguiente interrogante: ¿qué entendemos exactamente por conocimiento?

A pesar de que la pregunta anterior constituye una de las cuestiones centrales de la filosofía, para la discusión que aquí nos ocupa nos basta con la siguiente afirmación: conocer significa, para un sujeto, obtener una representación de un objeto. El conocimiento es el resultado de dicho proceso, la representación mental, y abarca desde la aprehensión de una entidad simple o de un proceso práctico sencillo hasta una comprensión de los mecanismos más profundos de funcionamiento de la realidad.

El conocimiento, pues, puede ser inmediato, trivial y derivado de una simple observación, o puede requerir un esfuerzo considerable si el objeto a aprehender no es evidente a primera vista. En cualquier caso, el conocimiento es un producto, es el resultado de procesar internamente la información que obtenemos de los sentidos, mezclarla con conocimientos previos, y elaborar estructuras que nos permiten entender, interpretar y, en último término, ser conscientes de todo lo que nos rodea y de nosotros mismos. Es decir, el conocimiento reside en nuestro cerebro y es el fruto

de los procesos mentales humanos. Lo que proviene del exterior es, simplemente, información.

Más preguntas: ¿existe el conocimiento como algo independiente o bien sólo mentes donde dicho conocimiento reside? O de otra manera, una biblioteca repleta de libros ¿contiene conocimiento?, ¿o es necesario que existan lectores y estudiosos para que lo que hay en los libros se convierta en conocimiento? Es evidente que la información a partir de la cual el sujeto puede construir el conocimiento se presenta en multitud de texturas. Naturalmente, no contiene el mismo tipo de información un listín de teléfonos que, pongamos por caso, un ejemplar de *El Origen de las Especies*. El libro de Darwin es el resultado de plasmar el fruto de sus experiencias y sus reflexiones, su conocimiento, mientras que el primero encierra una información mucho menos procesada por una mente humana (omito en este caso todo el esfuerzo invertido en crear un sistema complejo como el telefónico). Ambos, el listín y la obra de Darwin, contienen información, pero a la del segundo tipo, cuando tras ella hay un trabajo de elaboración por parte de la mente pensante y se trata, por tanto, de la plasmación de un conocimiento humano, la denominaremos *saber*. Así pues, podemos responder que la biblioteca recoge el saber, la trascripción del conocimiento de determinados individuos, que se torna nuevamente conocimiento cuando es estudiado y entendido.

IV

Sin duda, la Biblia, por ejemplo, contiene mucho saber. Algunos afirman que a partir de él podemos obtener todo el conocimiento que necesitamos para comprender e interpretar el mundo que nos rodea. Otros defienden que la tradición, un conjunto más o menos extenso de mitos o ciertas verdades proporcionadas por instituciones ancestrales pueden cumplir la misma función.

Pero también es posible afirmar que a partir de cierta dosis de experiencia sensible, variable en función de la proporción entre empirismo y racionalismo que escojamos, podemos acceder al conocimiento mediante una facultad mental humana innata, la razón. Este es el planteamiento que la mentalidad occidental sostiene, y de hecho, la correspondencia biunívoca entre conocimiento y racionalidad constituye uno de sus rasgos más definitorios: únicamente a través de la razón podemos acceder al conocimiento, y el conocimiento de toda la realidad sólo es alcanzable a través de la razón. Dicho postulado lo comparten la filosofía y la ciencia, dos ramas del mismo árbol que se diferencian únicamente en una cuestión de método, y de él

deriva una actitud singular que, si bien en muchos momentos ha sido casi imperceptible, nos inclina a pensar que cualquier idea debería poder ser cuestionada desde un punto de vista racional.

A lo largo de la historia esa actitud ha convivido en el alma occidental, de forma compleja e incluso contradictoria, con otras muchas doctrinas y credos. El cristianismo, por ejemplo, una creencia de raíces orientales, entró en conflicto con ella al sostener que a determinados conocimientos fundamentales e incuestionables debía llegarse a través de la revelación o de un acto de fe. A tratar de resolver dicho conflicto dedicaron buena parte de su obra los grandes pensadores medievales, desde San Agustín a Santo Tomás de Aquino, los cuales intentaron demostrar que las verdades de la fe y las de la razón son, en realidad, las mismas, y la escolástica pretendió incluso haber encontrado, gracias a San Anselmo, pruebas de la existencia de Dios sostenidas por la razón.

Finalmente, con la llegada del Renacimiento y la irrupción del pensamiento científico, la identidad entre conocimiento y racionalidad se consolidó de forma definitiva, quedando la fe relegada a una esfera diferente. Pero parece que la apelación constante a la razón acaba produciendo siempre fatiga, y desde entonces ha generado periódicamente episodios de reacción que van desde la racionalidad revisada del romanticismo y todo tipo de tradicionalismos antiracionalistas hasta las explosiones de desrazón camuflada de racionalidad que subyacen tras los totalitarismos del siglo XX.

En cuanto al presente, es indudable que vivimos en una época dominada por la racionalidad, aunque se trate de una racionalidad matizada por una concepción menos idealizada de la naturaleza humana. Aceptamos que potentes fuerzas irracionales modelan nuestra conducta individual y la evolución del conjunto de la sociedad, pero al mismo tiempo admitimos sin reservas que al conocimiento se llega a través de la razón, por lo menos a aquel que en la era tecnocientífica nos proporciona tanto nuestro bienestar material como explicaciones profundas y fascinantes sobre la estructura de la realidad. Veinticinco siglos después de que Platón planteara el mito de la caverna, seguimos interpretando la inclinación a adquirir conocimiento como una actitud deseable. La lectura es un hábito que se intenta fomentar entre niños y adultos, y aunque no sabríamos decir muy bien porqué, consideramos positivo mirar documentales o asistir al teatro, entendidas como actividades que nos obligan a reflexionar, a utilizar la razón.

En definitiva, pues, podemos afirmar que la estrecha relación entre conocimiento y razón forma parte de nuestro más profundo acervo cultural. A ella atribuimos gran parte del éxito civilizatorio de un occidente que ha

sido capaz de proporcionar los más grandes pensadores, científicos y artistas, y que ha conseguido dominar plenamente las fuerzas de la naturaleza. Ese orgullo, teñido en ocasiones de arrogancia, constituye el ingrediente esencial que, en último término, conforma la carga simbólica de la palabra *conocimiento*.

V

Una vez que hemos conseguido determinar qué entendemos por *conocimiento* y que hemos destacado la relevancia del concepto en el conjunto de postulados que conforman nuestra tradición cultural, podemos retomar de nuevo la reflexión central de este ensayo. Queda ahora claro que el nombre que mejor describiría nuestra realidad actual sería el de una Sociedad de los Saberes Productivos. La distribución y el grado en que sus integrantes hayan asimilado dichos saberes determinarán hasta que punto se trata también de una Sociedad del Conocimiento.

Sin duda, cierto tipo de conocimiento de bajo contenido reflexivo se incrementa constantemente en todos nosotros cuando dedicamos un buen número de horas a inundar nuestro cerebro con información proveniente del televisor o de Internet. Y también se incrementa, en algunas personas, el conocimiento altamente especializado o aquel necesario para desarrollar actividades tecnológicamente complejas. Pero el tipo de conocimiento que subyace de forma subliminal tras la utopía de una Sociedad del Conocimiento, el conocimiento a través de la razón que debería proporcionarnos una mejor y más completa comprensión de la realidad, disminuye. Vivimos, gracias a la tecnología, en una Sociedad de la Información, que ha resultado ser también una Sociedad del Saber, pero no nos encaminamos hacia una Sociedad del Conocimiento sino todo lo contrario. Las mismas tecnologías que hoy articulan nuestro mundo y permiten acumular saber, nos están convirtiendo en individuos cada vez más ignorantes. Tarde o temprano se desvanecerá el espejismo actual y descubriremos que, en realidad, nos encaminamos hacia una Sociedad de la Ignorancia.

VI

Soy consciente de que la palabra “ignorancia”, justamente por oposición a “conocimiento”, está cargada de connotaciones negativas, y que la mera sugerencia de que va a formar parte del título de nuestro futuro inmediato choca frontalmente con nuestra fe en el progreso, postulado fundamental de la modernidad que la controversia posmoderna no consiguió derribar. Si

la Sociedad del Conocimiento merece ser calificada de utopía, una Sociedad de la Ignorancia suena, de entrada, a discurso distópico.

Tal vez sí, pero en realidad ese tipo de juicios son innecesarios. No cabe el reproche, la amonestación o el sermón cuando la situación no es el resultado de una elección consciente fruto del ejercicio del libre albedrío. La Sociedad de la Ignorancia es el corolario inevitable del mundo que hemos construido, o más bien, que se ha ido formando a nuestro alrededor, porque aunque es obra de nuestras acciones no lo es de nuestras voluntades. Emerge como una consecuencia lógica de nuestra evolución y no es más que otra de las múltiples caras de la realidad en que vivimos inmersos, ya que en un mundo hiperconectado gracias a las nuevas herramientas tecnológicas nuestra capacidad para acceder al conocimiento se ve inexorablemente condicionada por los dos factores que analizamos a continuación: la acumulación exponencial de información y las propiedades del medio como herramienta de acceso al conocimiento.

VII

Sin duda, uno de los aspectos más característicos y representativos de nuestro tiempo es la velocidad. Nos hemos adentrado en una nueva época de dinámicas desbocadas, de crecimientos acelerados, de obsolescencia inmediata de cualquier novedad, de desmesura en las proporciones y los formatos, que Gilles Lipovetsky denomina "Tiempos Hipermodernos"[7]: hipercapitalismo, hiperclase, hiperpotencia, hiperterrorismo, hiperindividualismo, hipermercado, hipertexto. No es únicamente una cuestión de etiquetas o prefijos. Tal y como se encargan de recordarnos periódicamente los autores del estudio *Límits to Growth*[8], la evolución de múltiples magnitudes de nuestro mundo, desde las toneladas de soja producidas anualmente a la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera o la población de las zonas menos desarrolladas que vive en áreas urbanas, se ajusta perfectamente a una curva de crecimiento cada vez más rápido que aparece frecuentemente en la naturaleza: la función exponencial. Todo aquello cuyo ritmo de variación depende de su valor instantáneo se ajusta a ella. Cuanto mayor es la magnitud, más rápido crece, como una bola de nieve imparable. Así es nuestro mundo hoy, por lo menos hasta que alcancemos los límites que la física del planeta impone. Los tiempos hipermodernos también podrían denominarse tiempos exponenciales.

Y donde dicho comportamiento es más acusado es, sin duda, en el volumen de datos que producimos, procesamos, transmitimos y almacenamos. La información sobre cualquier asunto se acumula a nuestro alrededor a un

ritmo exponencial gracias a la contribución de millones de individuos que infatigablemente aportan desde simples fotografías digitales a profundas reflexiones en cualquier campo del saber. Un universo de pantallas electrónicas nos permite acceder de forma instantánea a todo ello de tal manera que, como individuos, asistimos a un crecimiento constante de la parcela de realidad que cada uno de nosotros puede abarcar. Estamos rodeados, inundados de información de todo tipo: podemos saber si está lloviendo en el lugar más remoto del planeta, encontrar en segundos la letra de la canción que más nos gusta o las especificaciones técnicas de cualquier dispositivo. Cuando conocemos a alguien buscamos referencias sobre su persona en Internet. Podemos echar un vistazo al estado del hielo en la Antártida, hojear todos los libros de la antigüedad, escuchar las opiniones más reputadas o escarbar en las propuestas más alternativas y contraculturales. Todo está ahí, al alcance del teclado y el ratón.

Pero esta situación, paradójicamente, en lugar de permitirnos componer una visión cada vez más completa y exacta del mundo en qué vivimos, a menudo nos lo muestra más caótico y desconcertante que nunca. A un paso de la agorafobia, el ensanchamiento del horizonte de nuestra mirada nos ha revelado una realidad compleja y cambiante que no alcanzamos a abarcar. En la práctica la información disponible y el saber acumulado se han vuelto completamente *inaprensibles* para una mente humana que, al fin y al cabo, sigue constreñida por sus limitaciones biológicas originales.

La inaprensibilidad del saber disponible no constituye, evidentemente, ninguna novedad en sí misma. El ideal renacentista del *homo universalis* fue desbordado nada más nacer pues desde la invención de la imprenta cualquier biblioteca contuvo muchos más libros, más saber, de los que una persona puede aspirar a leer en toda una vida. Pero, como mínimo, la estructura de la biblioteca mantenía cierta estabilidad. Los procesos asociados a la actual dinámica de acumulación exponencial son diferentes. Nos encontramos hoy en una nueva biblioteca donde constantemente se construyen nuevas salas, dedicadas a nuevas disciplinas, que rápidamente se llenan de volúmenes, y que apenas alcanzamos a visitar. ¿Es importante lo que en ellas se recoge? ¿Cómo se relaciona con todo lo que hay en las demás?

Hasta cierto punto la situación resulta paradójica, precisamente cuando las nuevas herramientas de comunicación habían conseguido hacernos creer por un instante que nos permitirían superar algunas de nuestras limitaciones endémicas. Todo parecía indicar que iban a desaparecer las barreras de espacio y tiempo que anteriormente provocaban la *desconexión*, la inaccesibilidad a determinadas zonas del saber humano que había ocasionado

la pérdida irreversible de un buen número de obras clásicas, multitud de ineficientes esfuerzos paralelos o el entierro en el olvido, durante años, de descubrimientos relevantes como los de Mendel.

En la actualidad la desconexión nos sigue afectando pero su naturaleza ha cambiado. Estamos desconectados de determinadas áreas del saber, de tal manera que cuando nos alcance la noticia de su existencia, ya habrán evolucionado. Desconocemos si el hecho crucial está sucediendo ya, y se nos hace cada vez más difícil identificar el *main stream* entre el ruido ensordecedor. Todo ello viene reforzado por lo que algunos autores han denominado una *infoxicación*[9], una intoxicación por exceso de información, que se traduce en una dificultad creciente para discriminar lo importante de lo superfluo y para seleccionar fuentes fiables de información.

Así pues, ante la acumulación exponencial de información nos inunda progresivamente la certeza de que cada vez es más difícil disponer de una visión equilibrada del conjunto, ni que sea de baja resolución. Como reacción está surgiendo una actitud de renuncia al conocimiento por desmotivación, por rendición, y una tendencia a aceptar de forma tácita la comodidad que nos proporcionan las visiones tópicas prefabricadas. Un falta de capacidad crítica, al fin y al cabo, que no es más que otra cara de nuestra creciente ignorancia.

VIII

El segundo factor del mundo hiperconectado que nos empuja hacia la Sociedad de la Ignorancia radica, en contra de lo que nuestra primera intuición nos hizo creer, en las propias características de las nuevas formas de comunicación en red. Tal y como se encargaron de demostrar teóricos como Marshal McLuhan o Neil Postman, cada medio de comunicación posee unas propiedades específicas en cuanto a herramienta de acceso al conocimiento. Ambos autores se centraron, concretamente, en analizar los atributos de los medios audiovisuales, especialmente la televisión, y en poner de relieve sus diferencias respecto a los formatos impresos que habían sustentado la difusión del saber desde el siglo XV. Básicamente, constataron la idoneidad de los primeros para proporcionar entretenimiento, en el sentido más amplio del término, pero señalaron sus dificultades, respecto a los segundos, para soportar argumentos racionales y reflexiones intelectuales de cierta profundidad. Dicho en otras palabras, la mayoría de la gente puede pasarse un par de horas frente al televisor si emiten una buena película, pero difícilmente aguantarán una conferencia de cuarenta minutos.

Hoy podríamos corroborar sobradamente sus conclusiones. A pesar de las profecías de algunos visionarios bienintencionados sobre las potencialidades de la televisión como herramienta de educación o de difusión de la cultura, todos sabemos que se ha convertido principalmente en una máquina de evasión y entretenimiento pasivo. La visión sobre la sociedad televisiva que Postman reflejó en *Amusing Ourselves to Death*[10] mantiene actualmente una vigencia plena, si cabe, aumentada.

Ahora bien, en pleno siglo XXI la era de la televisión ha quedado atrás. Si bien el promedio de horas ante la pantalla no ha variado de forma significativa en los últimos años, sí que ha disminuido claramente entre la franja más joven de población. Las nuevas generaciones dedican cada vez más tiempo a utilizar unas nuevas formas de comunicación en red que les permiten dejar de ser espectadores pasivos para convertirse en nodos activos, en emisores y receptores simultáneamente, en consumidores pero también en productores de todo tipo de contenidos. Se trata, sin duda, de un mundo de posibilidades inagotables, pero para la discusión que aquí nos ocupa debemos preguntarnos si dicho medio es adecuado para fomentar, en último término, la elaboración de conocimiento en la mente de las personas.

Según el discurso de lo que entendemos como versión extendida de la Sociedad de Conocimiento, eso es así. Tal vez la respuesta esté influida por el hecho de que nuestro juicio se encuentra condicionado todavía por la fascinación que sentimos ante nuestros propios logros tecnológicos. Es evidente que la tecnología sobre la cual se sustenta la especificidad del mundo en que vivimos, profundamente diferente del de hace algunas décadas, es de una complejidad y de un nivel de abstracción muy superior a la que sustentó la era industrial. También lo son sus frutos: el dominio de la fuerza, del movimiento y de la energía representaron la superación de las limitaciones que nos impone la parte de nuestra naturaleza que compartimos con los otros animales. En cambio, la extensión de nuestras facultades cognitivas y comunicativas, adquirida gracias al nuevo universo de microprocesadores, memorias de silicio y conexiones en red que nos rodea, incumbe directamente a nuestra singularidad humana.

Muestra de que nos encontramos en un estado de falta de capacidad crítica es la facilidad con la que proliferan, y la complacencia con la que acogemos, conceptos como el de generación Einstein[11], aquella formada por unos niños plenamente familiarizados con el uso de las herramientas tecnológicas, o las teorías sobre las virtudes empresariales de los Gamers[12], jóvenes acostumbrados a competir, colaborar y adaptarse a un entorno cambiante gracias al hecho de haber jugado intensivamente con videoconsolas.

Pero si aceptamos mirar el reverso de la moneda posiblemente descubramos que además de niños prodigio o eficientes ejecutivos también están proliferando a nuestro alrededor individuos incapaces de concentrarse en un texto de más de cuatro páginas, personas que sólo pueden asimilar conceptos predigeridos en formatos multimedia, estudiantes que confunden aprender con recopilar, cortar y pegar fragmentos de información hallados en Internet, o un número creciente de analfabetos funcionales. Si bien es cierto que el nuevo medio pone a nuestro alcance todo el saber disponible, eso no implica necesariamente que seamos capaces de sacar provecho de él.

Es evidente que, a nivel profesional, el uso cotidiano como herramienta de trabajo de potentes ordenadores personales conectados permanentemente a una red global está modificando el ritmo y la secuencia de nuestros procesos mentales. Hoy es habitual manipular varios documentos a la vez mientras se recaba información en Internet, se atiende el correo electrónico o se mantienen conversaciones simultáneas a través de los servicios de mensajería instantánea. Ciertamente, desde un punto de vista productivo somos más eficientes, pero también se ha incrementado sensiblemente la complejidad de la mayoría de procesos, y el inmenso caudal de información que recibimos y que debemos gestionar amenaza con provocar nuevas formas de ansiedad. Es difícil focalizar y centrarse, y esa necesidad de cambiar constantemente el foco de nuestra atención acaba por modelar nuestra forma de razonar hasta ubicarnos en un estado de dispersión que, conceptualmente, es incompatible con la concentración que requiere cualquier reflexión de cierta consistencia. Es el mismo tipo de dispersión que también afecta, según comenta con frecuencia el profesorado, la capacidad de concentración de la población en edad escolar.

Pero las implicaciones van más allá del ámbito profesional. Así como la televisión resultó ser un medio especialmente apto para proporcionar entretenimiento pasivo, la comunicación permanente en red, además de reforzar la comentada tendencia a la dispersión, está demostrando ser un excelente potenciador de todo tipo de actividades relacionales. Nuestra inclinación innata a mantener vínculos sociales con otros individuos de nuestra especie se desarrolla ahora en un entorno artificial que la descontextualiza y que distorsiona los mecanismos naturales de inhibición, hasta el punto de generar adicciones y prácticas compulsivas. El hecho de poder estar en contacto permanente con otras personas vía correo electrónico, mensajería instantánea o telefonía móvil, nos está privando de la serenidad que nos aportan los reductos de soledad y nos convierte en seres puramente relacionales que cada vez pasan más tiempo ubicados en universos paralelos desconectados de la realidad.

Porque el nuevo medio, en lugar de abrirnos a un conocimiento más amplio del mundo, resulta que nos impulsa a residir en otros creados a la medida de nuestras necesidades y temores. El espacio digital formado por los ordenadores y las redes de telecomunicación se presenta ante nosotros como una atractiva experiencia sensible en la cual residimos cada vez más tiempo. Su combinación con los nuevos tipos de relaciones personales por medios telemáticos está configurando un ambiente capaz de seducir a muchas personas, especialmente a las más jóvenes, que ante el desmantelamiento de los mecanismos y los protocolos de relación tradicionales optan por instalarse en este nuevo mundo donde es posible encontrar las emociones que la realidad, mucho más mediocre, no les proporciona. Una parte cada vez más importante de nuestra identidad reside en el mundo virtual: creamos perfiles específicos en los lugares que visitamos con regularidad, construimos espacios donde depositamos y compartimos nuestras fotografías o explicamos hechos de nuestra vivencia individual y, en definitiva, vamos tejiendo una trama en la que también se van incorporando sentimientos y vínculos afectivos, tan reales como los que experimentamos en la realidad "normal".

El proceso apenas acaba de empezar. En poco tiempo dispondremos de máquinas que superarán los umbrales de discriminación de nuestros sentidos hasta convertir en indistinguibles ambos mundos. Ante la virtualidad, máxima expresión de esa artificiosidad, inmediatamente se plantea la cuestión de si el mundo virtual será nocivo o beneficioso, una pregunta que derivará en un debate que será similar al que tuvo lugar acerca de las novelas durante el siglo XIX o sobre el rock and roll en el siglo XX. Pero se trata de un debate estéril pues en ningún caso conseguirá modificar la evolución de los acontecimientos y sólo provocará en algunas personas una tecnofobia frustrante. Lo que sí es indudable es que la virtualidad tendrá una influencia decisiva sobre las personas, del mismo modo que la tuvieron otras incorporaciones culturales. El cine, las novelas o la música no han sido sólo un entretenimiento: también pueden educar o perturbar las mentes, pero, en cualquier caso se han incorporado a nuestro imaginario, forman parte de nuestros referentes y han modelado nuestra interpretación de la realidad. En la medida en que abandonemos el tradicional televisor y cada vez pasemos más horas ante el ordenador y el videojuego, relacionándonos con otras personas y viviendo experiencias inmersivas de una intensidad creciente, la huella deberá ser necesariamente más profunda. No se puede descartar que emerja una confusión para distinguir entre realidad y virtualidad, ni que cada vez más personas se refugien definitivamente en este mundo artificial interconectado y decidan finalmente ignorar todo lo que quede fuera de él.

IX

La combinación de los dos factores descritos anteriormente, la acumulación exponencial de información y las propiedades específicas de las nuevas formas de comunicación como vía de acceso al conocimiento, determinan nuestra relación actual con el saber existente y, al fin y al cabo, nuestra capacidad individual para superar la condición de ignorantes.

Concretamente, el primero de ellos nos obliga a aceptar, de entrada, la imposibilidad de que existan, si es que alguna vez han existido, sabios, personas con un conocimiento extenso y profundo de la realidad que les permite entenderla e interpretarla como un sistema integrado y completo. Sin duda, en la actualidad una persona culta goza de una mirada mucho más extensa que la de cualquier sabio de la antigüedad, especialmente desde el punto de vista científico, pero también son igualmente extensas las zonas que quedan fuera de su alcance. Incluso aquellos que más tiempo y esfuerzo han dedicado a intentar adquirir perspectiva deben admitir grandes lagunas en su conocimiento que les limitan el alcance y la visión de conjunto. La no aceptación de las limitaciones de su nueva condición ha llevado a algunos a fiascos y saltos en el vacío como los relatados por Alan Sokal y Jean Bricmont[13] en *Imposturas Intelectuales*.

Una materialización de este hecho es la ausencia actual de filósofos que pretendan acometer la tarea de proponer sistemas completos de interpretación de la realidad. Después de Kant, Hegel o incluso Marx, y coincidiendo con la entrada en el siglo XX, el pensamiento de tipo filosófico abandonó tal pretensión, consolidó un largo proceso de introspección y subjetivación y se retiró definitivamente de las regiones invadidas por las ciencias naturales hasta quedar recluido en algunos campos especializados, como la filosofía de la ciencia, y en la interpretación de los autores históricos.

Pero si bien no existen sabios, ni pueden existir, naturalmente sí existen expertos. Sigue estando a nuestro alcance adquirir conocimientos profundos en algún campo específico e incluso acceder temporalmente a la frontera que el saber humano establece. La suma del conocimiento de los expertos forma el extenso saber de nuestro tiempo, unos expertos, eso sí, cada vez más especializados. Hiperespecializados.

Ciertamente, vivimos en una sociedad de expertos. Todos lo somos en algún aspecto o, como mínimo, lo deberíamos ser. La labor de los expertos constituye la pieza central del motor que sustenta el crecimiento económico de nuestra sociedad, una dinámica de progreso que hoy pasa inevitablemente por investigar, desarrollar y trasladar la novedad, lo antes posible, al terre-

no productivo. I+D+i. Innovar es la piedra filosofal de nuestro tiempo exponencial, un imperativo tras el cual subyace cierta angustia ante el temor a quedar definitivamente rezagados.

El experto constituye, pues, la materialización de la sociedad del conocimiento enunciada por Drucker y en su forma actual es el fruto de un largo proceso, descrito por Russell Jacoby en su libro *The Last Intellectuals*[14], que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo anterior. Los productores de saber fueron progresivamente incorporados y puestos en nómina de las universidades y las estructuras de investigación, públicas o privadas, para conformar la maquinaria del conocimiento productivo que hoy conocemos. La generación del saber ha dejado de ser una tarea individual para convertirse en una empresa colectiva, en un sistema plenamente organizado que posee su propia burocracia, sus reglas, sus objetivos, sus estructuras, sus constricciones y sus mecanismos de recompensa y castigo. Existen grandes infraestructuras, presupuestos abultados y unas carreras profesionales bien definidas que estipulan competir con otros especialistas, publicar artículos o registrar patentes, y en las cuales se penaliza con el desprestigio a aquel que se atreve a invadir campos que otros expertos consideran como propios.

La condición de experto lleva indisolublemente asociada la profesionalización, una situación que en nuestros días está teñida, en muchos casos, de proletarización. La masa ingente de técnicos, especialistas, profesores o investigadores públicos y privados no se dedican a satisfacer inquietudes intelectuales, sino a aquello para lo cual se les paga, a adquirir un conocimiento especializado y, a poder ser, productivo. Cabe la posibilidad de que alguien pretenda ir por libre, pero siempre podrá ser puesto en duda su derecho a hacer lo que le venga en gana cuando su nómina es pagada por una empresa que le exige resultados o por una sociedad que, en el fondo, también espera alguna cosa de él a cambio de un sueldo. A fin de cuentas son trabajadores, mano de obra cualificada, y cualquier actitud excesivamente crítica desde el interior del sistema está condenada a provocar dudas sobre su honestidad.

Consecuencia directa de la mercantilización del conocimiento y de la profesionalización del experto es la disgregación del saber en áreas cada vez más desconectadas las unas de las otras y, especialmente, del resto de la sociedad. La producción de saber es un trabajo, una ocupación laboral que no pretende movilizar o transformar la sociedad. Su finalidad es completamente diferente. Debe desarrollarse en el ámbito cerrado de los que comparten lenguaje, jerga, y una manera concreta de enfocar determinados problemas. La sociedad hiperconectada favorece y potencia dicho comportamiento, creando una nueva fuerza disgregadora que podríamos denominar *comunitarismo autista*. Hoy es más fácil que nunca mantenerse en contacto permanente por

vía telemática con personas con las que se comparten intereses u ocupación e instalarse en mundos particulares independientes del resto de la sociedad, comunidades cerradas donde es posible reforzar una identidad diferenciada y encontrar el marco de referencia estable que todos necesitamos.

Los expertos son terreno propicio para que se dé un elevado grado de comunitarismo autista pues la mayoría de sus fuentes de reconocimiento o de castigo provienen de la misma comunidad. La publicación de trabajos, por ejemplo, medida clave del éxito académico, depende exclusivamente del veredicto de unos "referees" que son también miembros del mismo colectivo. No hay, en fin, ninguna necesidad real de comunicarse con el resto de la sociedad y de hecho podría ser, incluso, contraproducente. Todas las fuerzas que actúan son, pues, claramente centrípetas.

Nos encontramos ante la actualización de la vieja idea de la torre de marfil. Hoy, en lugar de una única torre existen multitud de pequeñas torres donde refugiarse, y cada experto se encuentra encerrado en alguna de ellas, ya sea por el imperativo productivo que recae sobre el ingeniero o el tecnólogo, por la convicción apasionadamente hiperespecializada del científico o, al fin y al cabo, por la imposibilidad de liberarse de la dinámica endogámica de las estructuras generadoras de saber. Talvez cabría esperar que en una Sociedad del Conocimiento el saber de los expertos, más allá de sus resultados productivos y comerciales, fluyera hacia el resto de la sociedad, pero actualmente ni sucede así ni nadie lo pretende.

En definitiva, pues, el experto, gran especialista en una franja cada vez más estrecha del saber es, lógicamente, cada vez más ignorante en el saber de otros campos. Además, sus conocimientos únicamente tienen sentido en el entramado económico que los ha motivado. Son productivos y funcionales, saberes instrumentales que tanto en su forma como en su fondo encajan mejor en la *techné* griega, el saber de los esclavos productivos, que en el *logos* que nos muestra el ser de las cosas. En la naturaleza del experto no existe necesariamente una tendencia a convertirse en sabio y, de hecho, todos los mecanismos que hoy operan a su alrededor le empujan en la dirección contraria. Cuando el experto cierra la puerta de su despacho y se va a casa se convierte en uno más. Fuera de su especialidad, pasa a formar parte de la siguiente categoría: la masa.

Es necesario aclarar aquí que tanto el sabio como el experto y la masa son arquetipos ideales que no se dan de forma pura en el mundo real, donde lo

que encontramos son individuos que combinan aspectos de los tres. Todos somos una mezcla dinámica y cambiante de sabio, experto y masa. Quizá en algún momento hemos aspirado a convertirnos en sabios, probablemente somos expertos en algo y durante una parte de nuestro tiempo actuamos como tales, pero cuando abandonamos nuestra especialización pasamos a ser, necesariamente, masa. Y, nos guste o no, esa es la parte más grande del pastel.

Por definición, uno de los rasgos esenciales de la masa es la ignorancia, pues masa es lo que resulta de extraer el componente de sabio y el de experto. Indiscutiblemente, dicha ignorancia consustancial no es hoy tan absoluta como lo era en el pasado. Se ha incrementado el nivel cultural de la población gracias al enorme esfuerzo que ha supuesto la educación generalizada; el analfabetismo es residual y la inmensa mayoría de la gente dispone de las habilidades básicas e imprescindibles para desenvolverse en nuestras sociedades alfabetizadas. Ahora bien, una vez alcanzado cierto nivel de funcionalidad, todo indica que en los últimos años no se han producido grandes cambios en el nivel cultural de la masa a pesar de la acumulación exponencial de información y de las potencialidades de las nuevas herramientas tecnológicas que nos tenían que situar en la nueva Sociedad del Conocimiento. La duración media de la etapa educativa se ha estabilizado alrededor de los diecisiete años en los países más avanzados, y una tónica similar han seguido, en el mejor de los casos, otros indicadores tales como los niveles de superación de enseñanza secundaria o los índices de fracaso escolar. Mientras tanto, la esperanza de vida sigue creciendo y, por lo tanto, disminuye el peso relativo de la etapa de formación inicial.

Un aspecto polémico que no recogen los indicadores estadísticos es el de la exigencia de los temarios o la dificultad de los estudios. Se trata de un debate permanentemente abierto (recordemos, por ejemplo, el controvertido libro de Allan Bloom[15], *The Closing of the American Mind*) sobre el que no pretendo incidir aquí. La discusión sobre si los alumnos deberían leer los clásicos griegos queda fuera de lugar cuando la mayoría da por sentado que la actividad educativa forma parte de la maquinaria del saber productivo comentada anteriormente y que, por lo tanto, debe encaminarse necesariamente a la obtención de los imprescindibles expertos capaces de impulsar el progreso económico. Muchas de las tensiones que rodean la educación son expresiones de las contradicciones en los valores y las prioridades de la sociedad, y forman parte del precio que hemos de pagar por vivir en un entorno opulento al cual, de hecho, no estamos dispuestos a renunciar. No es posible pedir una cultura del esfuerzo a los estudiantes si en la realidad en que viven inmersos prima el valor del ocio y la diversión, actividades de las que, a su vez, no podemos prescindir porqué son parte indisociable de

nuestro bienestar. No podemos reclamar más autoridad en el mundo educativo cuando en otros ámbitos cualquier atisbo de autoridad se interpreta como autoritarismo. Todo está entrelazado, y romper las ligaduras sólo sería posible con una enmienda a la totalidad, una revolución. Pretender eliminar la ignorancia a través del sistema educativo propio de la Sociedad de la Ignorancia es una paradoja irresoluble.

En el mejor de los casos, suponiendo que los contenidos y el nivel educativo se hayan mantenido estables, y que los índices de fracaso actual sean aproximadamente los mismos que eran quince o veinte años atrás, podríamos afirmar que, en valor absoluto, desde el punto de vista educativo estamos aproximadamente en el mismo estadio que una década atrás. Así pues, como consecuencia directa del primer factor generador de la Sociedad de la Ignorancia, el incremento exponencial de complejidad del mundo en que vivimos, dicha cantidad se convierte en un valor relativo muy inferior. La masa es más ignorante, al menos cuando concluye su etapa formativa inicial.

Desde luego, no todo acaba cuando finaliza la época del instituto o la universidad. Durante el resto de una vida que cada vez es más larga se pueden seguir acumulando conocimientos, y todos sabemos como: leyendo, asistiendo a cursos, auto formándose, observando, reflexionando y aprendiendo de la experiencia diaria. En esencia, lo mismo de siempre. Por el momento no disponemos de implantes cerebrales capaces de ampliar nuestro conocimiento, según la propuesta de *The Matrix*[16], y por lo tanto el proceso mental sigue siendo el mismo, no debemos olvidarlo. Eso sí, disponemos de las mejores herramientas para hacerlo.

Ciertamente, la formación permanente es hoy una realidad, pero se encuentra inseparablemente ligada a la mercantilización del conocimiento, y en la inmensa mayoría de casos se da en el contexto laboral. Si el entorno económico y productivo evoluciona, dicha actividad se convierte en imprescindible. Aprender a ser más productivos es hoy una parte más de nuestro trabajo, y la única alternativa es una rápida obsolescencia. De hecho, a causa de la necesidad de adaptación al cambio permanente, nos vemos obligados a dedicar cualquier esfuerzo intelectual a intentar no quedar rezagados: aprender inglés o informática se ha convertido para muchas personas en objetivos casi inalcanzables que no dejan tiempo para nada más. Como reza el dicho popular, lo urgente no nos permite hacer lo importante.

Más allá de las necesidades formativas que impone un entorno en constante transformación, difícilmente podríamos llegar a la conclusión de que avanzamos hacia una Sociedad del Conocimiento a partir de la observación

cotidiana de las costumbres, intereses y formas de vida que surgen a nuestro alrededor como consecuencia de la disponibilidad de acceso masivo a una amplia gama de canales de comunicación. Cualquiera podría confeccionar una extensa lista de nuevos hábitos, desde prestar una atención desmesurada a todo tipo de eventos deportivos hasta buscar pareja por Internet, que sin duda mostraría un peso abrumador de las actividades de ocio y de tipo relacional, así como un interés creciente por unos contenidos completamente primarios. Los *reality shows*, el deporte espectáculo, la pornografía sentimental, el entretenimiento banal o la exaltación de la fama por la fama conforman el grueso de la parrilla televisiva actual, sin que la aparición de mecanismos de interacción por parte de los espectadores haya modificado dicha tendencia. En cualquier caso, si bien es cierto que la campana de distribución de las alternativas disponibles se ha ensanchado enormemente, la media resultante cada vez se aleja más de la que cabría esperar en una Sociedad del Conocimiento.

XI

Pero el gran cambio que consolida definitivamente la Sociedad de la Ignorancia no es que ésta se vea favorecida por las nuevas formas de comunicación y en la práctica campe a sus anchas, sino que ha sido aceptada, asumida y, finalmente aupada a la categoría de normalidad. De forma progresiva la ignorancia ha ido perdiendo sus connotaciones negativas hasta el punto de llegar a prestigiarse. Se ha disipado el pudor a mostrar en público la propia ignorancia, e incluso con frecuencia se exhibe con orgullo, como un aditivo más de una personalidad apta para gozar al máximo del hedonismo y la inmediatez que proporciona un consumismo desenfrenado. Ser ignorante no es incompatible, ni mucho menos, con tener dinero o glamour. Más bien al contrario, nos puede proporcionar una pátina de simpatía altamente empática a ojos de los demás.

La situación actual corresponde a la fase más avanzada de un proceso imparable, constatado por numerosos autores, que ha acompañado al protagonismo creciente de las masas. Resaltaba Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*, a finales de los años veinte, que «lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera»[17]. La consolidación definitiva de la cultura de masas después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente desde la aparición del televisor, indujo a Giovanni Sartori a escribir que «un mundo concentrado sólo en el hecho de ver es un mundo estúpido. El homo sapiens, un ser caracterizado por la reflexión, por su capacidad para generar abstracciones, se está convirtiendo en un

homo videns, una criatura que mira pero que no piensa, que ve pero que no entiende»[18].

Hoy asistimos, en efecto, a la culminación del proceso. La ignorancia está plenamente normalizada y es admitida sin ningún reparo en los modelos de éxito social, e incluso el acceso a las máximas responsabilidades públicas por parte de personas de ignorancia evidente se considera una muestra positiva de las virtudes del sistema democrático. Cualquiera, con independencia de su formación y aun dando muestras evidentes de su falta de cultura y de ánimo de enmienda, puede acceder a lo más alto de la estructura social. Cualquier observación al respecto emitida en público sería considerada hoy políticamente incorrecta. La ignorancia es atrevida, desacomplejada y, como todos en esta sociedad que constantemente reclama, exige también que se respeten sus derechos. El proceso se realimenta a través del papel cada vez más central que en nuestra sociedad juegan los medios de comunicación, referentes del éxito social y escaparate del imaginario colectivo del cual son también, en buena parte, creadores. "Si no sales por televisión, no eres nadie" o, más recientemente "si no apareces en Internet, no existes". Los ingredientes para acceder a dicha visibilidad encajan perfectamente en la estructura de la Sociedad de la Ignorancia.

En paralelo, y en la misma medida que la ignorancia se ha normalizado y se ha prestigiado, el conocimiento no productivo se ha desacreditado, ha perdido cualquier atisbo de ser referente social y se ha cargado de connotaciones negativas. Como hemos señalado anteriormente, seguimos considerando el conocimiento como un bien en sí mismo cuando nos referimos a él de forma abstracta: en las encuestas todos contestamos que nos encanta leer, ir al teatro o ver documentales, pero en la práctica fuera del saber productivo generado por los expertos, cualquier esfuerzo intelectual resulta casi incompresible para una sociedad acomodada en la confortabilidad del entretenimiento predigerido y la espectacularidad vacua. Difícilmente alguien se atrevería hoy a autocalificarse como intelectual por el temor a quedar revestido de todas las connotaciones actuales del término: pretencioso, improductivo, aburrido.

Lo más sorprendente de la situación es que parece que nos percatamos de la dualidad entre el discurso utópico y la realidad cotidiana. Persiste una lógica errónea que nos lleva a pensar que el uso de herramientas cada vez más sofisticadas implica necesariamente un mayor conocimiento, y confundimos la destreza para utilizar un complejo programa informático que nos permite escribir con el hecho de escribir algo interesante, o incluso con saber escribir. Nos hemos convencido de que disponer de una red que nos permite ver lo que emite la televisión en la otra punta del mundo es volver-

nos más sabios, cuando lo único que hacemos es pasar el rato o, en el mejor de los casos, adquirir conocimientos triviales. Y nos encanta oír “Sociedad del Conocimiento” cuando a nivel individual, en muchos casos, consiste simplemente en pasar un montón de horas chateando con los amigos o intentando ligar por Internet.

XII

Recapitulemos: la expectativa de una Sociedad del Conocimiento, surgida del desconcierto posmoderno gracias al poder de la tecnología, ha resultado ser en la práctica una Sociedad de la Ignorancia, compuesta por sabios impotentes, expertos productivos encerrados en sus torres de marfil y masas fascinadas y sumidas en la inmediatez compulsiva de un consumismo alienante. Las nuevas formas de comunicación nos permiten ser más eficientes en el dominio de la naturaleza pero como individuos nos están convirtiendo en seres cada vez más ignorantes y más encerrados en las pequeñas esferas que surgen como resultado de las nuevas fuerzas disgregadoras que afectan a toda la sociedad. La Sociedad de la Ignorancia es, a fin de cuentas, el estado más avanzado de un sistema capitalista que basa la estabilidad de la sociedad en el progreso, entendido básicamente como crecimiento económico[19], pero que una vez satisfechas las necesidades básicas sólo es posible mantener gracias a la existencia de unas masas ahitas, fascinadas y esencialmente ignorantes.

Ciertamente, a muchos el panorama les puede parecer sombrío, pero antes de aventurar cualquier valoración debería tomarse en consideración un punto importante: la Sociedad de la Ignorancia adquiere todo su sentido en el contexto de las nuevas generaciones que la protagonizarán. Sólo la interpretaremos adecuadamente si la proyectamos sobre ellas. Buena parte de los habitantes del presente nos hemos conformado en el mundo precedente y, como ha sucedido siempre, a menudo juzgaremos la personalidad de un tiempo que ya no será nuestro desde el recelo o la incomprensión. La incomodidad ante la perspectiva de abandonar la vieja idea ateniense de que el conocimiento es un bien en sí mismo podría no ser más que un prejuicio similar a la dificultad que experimentaron muchas personas en el pasado para aceptar la posibilidad de una experiencia vital plena en un marco desprovisto de religiosidad o de los esquemas heredados de la tradición. Los jóvenes pueden adoptar sin más las ideas nuevas si son consistentes en sí mismas porque para ellos todas son, en realidad, igualmente originales.

Ahora bien, aún aceptando la inutilidad de emitir valoraciones subjetivas, sí que es posible y conveniente analizar las consecuencias de la situación

creada. Ello nos lleva a percatarnos inmediatamente de la existencia de varios riesgos potenciales.

El primero de ellos es el riesgo social. Cuando apareció en el horizonte la posibilidad de materializar una verdadera Sociedad de la Información rápidamente se formuló la teoría de que dicho contexto representaría una gran oportunidad para superar algunas de las formas vigentes de desigualdad social. El acceso masivo y fácil a todo tipo de información tendría que permitir a los más desfavorecidos limar algunas de las diferencias que les separaban del resto de la sociedad. Hoy podemos intuir ya que la previsión pecaba de un exceso de optimismo. En la Sociedad de la Ignorancia estamos asistiendo al nacimiento de nuevas fuentes de desigualdad y al levantamiento de fronteras hasta ahora inexistentes que afectan a quienes bien por un bajo nivel formativo o bien por carencia de talento natural son incapaces de subir al tren de la complejidad tecnológica y el dinamismo permanente. Un mundo abierto será también un mundo de oportunidades, de buenas oportunidades, pero sólo para unos cuantos, los más bien situados o los que dispongan de la suficiente capacidad de maniobra. Para los demás se convertirá en un entorno cada vez más hostil. Una parte significativa de la población puede verse arrastrada a vivir enfangada en un pantano de expectativas vitales insatisfechas, simplemente porque serán prescindibles. Los favorecidos no necesitarán al resto para sostenerse: la tecnología, el conocimiento productivo y la posibilidad de ir a buscar al mejor precio todo aquello que necesiten en un mercado globalizado, serán suficientes. Sobre el conocimiento y el talento se sustentará una nueva diferencia social más insalvable que los antiguos contrastes de naturaleza económica, más esencial, más intrínseca a cada persona, la cual neutralizará cualquier posibilidad de discurso igualitario y fomentará el surgimiento de nuevos sentimientos de injusticia social. Existe, pues, el riesgo de acabar irremediablemente divididos en dos castas, una masa acomodada en su ignorancia, fascinada por la tecnología y cada vez más alienada, y otra formada por los expertos en los saberes productivos y los resortes de un modelo económico insostenible.

El segundo riesgo deriva de la peligrosidad de ser ignorantes cuando deben afrontarse retos cruciales cuyo desenlace depende de nuestras acciones. Y esa es justamente la situación en la que nos encontramos. La Sociedad de la Ignorancia, como hemos comentado anteriormente, es una más de las múltiples caras de los tiempos exponenciales en los que nos ha tocado vivir y que también se caracterizan por la proliferación de riesgos cataclísmicos que únicamente podremos sortear a través de una actuación conscientemente sensata. El inicio de la era atómica nos obligó a aceptar la necesidad de limitar nuestra capacidad de actuación, una capacidad que hoy se ha

multiplicado en todas direcciones y que nos sitúa ante nuevas incógnitas, algunas de las cuales talvez incluso ignoramos. En biología nos movemos sobre la delgada línea que divide el uso del abuso. El riesgo de la energía nuclear, que no reside tanto en su infinito potencial destructivo como en su proliferación, se ha conjurado hasta hoy gracias a un tenso equilibrio que cada vez es más inestable. No alcanzamos a comprender bien el desafío climático mientras seguimos asistiendo impasibles a la extinción en masa de la biodiversidad del planeta. Los expertos, encerrados en sus torres de marfil, apenas logran vislumbrar las consecuencias de sus acciones colectivas, y aún en el caso de que así fuese, no dispondrían de capacidad de incidencia sobre los responsables políticos, y mucho menos, sobre la masa. La ignorancia consustancial de los tiempos exponenciales nos aboca a una ceguera generalizada, de consecuencias imprevisibles, que nos impide identificar y asumir la porción de responsabilidad que recae sobre cada uno de nosotros.

Finalmente, el tercer riesgo implícito en la Sociedad de la Ignorancia surge de los interrogantes que plantea acerca del lugar que en ella va a ocupar el individuo e, incluso, acerca de la concepción misma de individuo. La afirmación de su autonomía y de su centralidad frente a lo colectivo es parte indisociable de aquella carga simbólica que en nuestro bagaje cultural posee la palabra conocimiento. Desde que tras las primeras experiencias democráticas en la *polis* toda la racionalidad griega se replegara hacia el interior y fijara su atención en el individuo, occidente no ha abandonado la senda de la subjetivación, una trayectoria que se consolidó definitivamente con la introducción del sujeto pensante de Descartes y con la interpretación humanista del mundo.

Esta concepción del individuo ha llevado a reflexionar de forma recurrente sobre su papel dentro de la estructura social. Durante siglos ha existido una tensión entre un individualismo liberal que entendía la sociedad como un conjunto de instituciones coartantes que limitan la naturaleza del individuo y una concepción más restrictiva de la naturaleza del individuo, que justifica la existencia de estructuras colectivas superiores para potenciarlo e incluso salvarlo de sí mismo.

Pero este tipo de debates han quedado hoy muy mitigados. Tras la defunción del socialismo real, el individualismo liberal se ha consolidado como alternativa indiscutida en el mundo actual. Nuestra sociedad es el resultando de un largo proceso de individualización que ha desplazado gradualmente el ámbito de decisión sobre lo que es bueno o malo, adecuado o inoportuno, deseable o despreciable, desde el grupo a la persona: muchos aspectos de nuestra vida han pasado de estar guiados por valores compartidos e

incuestionables a convertirse en asuntos de cada conciencia individual, en un escenario desprovisto de apriorismos y cada vez más desvinculado de cualquier tradición. La autonomía personal y la disponibilidad de un espacio privado para desarrollar la propia personalidad se han convertido en un bien supremo y absoluto, en un derecho indiscutible e indiscutido que ha penetrado profundamente en la mentalidad de cada persona hasta formar la columna vertebral de su escala de valores. No podríamos concebir que en el futuro dejara de ser así y, de hecho, buena parte del atractivo de la utópica Sociedad del Conocimiento residía justamente en su capacidad para reforzar los planteamientos individualistas.

En efecto, el advenimiento de la transformación actual supone un salto cualitativo en dicho proceso, al poner en manos de una sociedad profundamente individualizada un conjunto de nuevas y potentes herramientas que permiten extender hasta límites insospechados el deseo de individualidad. Hoy están al alcance de cualquier individuo el acceso masivo a la información, la comunicación permanente con otras personas e, incluso, la apertura de nuevos canales de expresión con la potencialidad teórica de amplificar cualquier mensaje, por individual que sea, a un nivel planetario. Aparentemente el individualismo ha conseguido culminar su apoteosis del individuo.

Pero tales planteamientos, como se ha intentado demostrar a lo largo de este ensayo, chocan frontalmente con las nuevas e insalvables limitaciones que nos afectan en la Sociedad de la Ignorancia. Las potencialidades que nos ofrece la tecnología como herramienta para desarrollar la libertad individual van a quedar en la práctica reducidas por la ignorancia que nos acecha y que restringe la esfera de lo que realmente, como individuos, podemos alcanzar ¿Es posible la libertad de pensamiento desde la ignorancia? ¿En que queda la libertad individual cuando no alcanzamos a entender la complejidad del mundo que nos rodea? ¿Debemos aceptar definitivamente la incapacidad de la razón individual para acceder al conocimiento y la conveniencia de acogernos a los discursos creados por instancias superiores?

Mientras el individuo se enfrenta a su pequeñez ante un mundo abierto y cada vez más complejo que no alcanza a comprender, la evolución de éste no se detiene. El centro de gravedad de la sociedad del conocimiento mercantilizado se desplaza gradualmente desde el individuo hacia las estructuras colectivas. El saber productivo ha dejado de pertenecer a la masa o al experto aislado y se encuentra distribuido en grandes sistemas en los cuales el individuo es sólo una pieza prescindible. Cada vez hay más saber en las organizaciones pero menos conocimiento en los individuos, más información en las memorias de silicio y menos en los cerebros humanos.

El individuo se aleja progresivamente de su posición central, se diluye, y desde la periferia se muestra más débil y prescindible que nunca.

Talvez deberíamos detenernos a pensar si mientras seguimos creyendo que avanzamos por la senda del humanismo hacía una Sociedad del Conocimiento no nos estamos encaminando, en realidad, hacia una Sociedad de la Ignorancia que plantea, en última instancia, una disolución del individuo y el fin de la parte más singular del sueño occidental.

La sociedad del desconocimiento

Daniel Innerarity

La sociedad del conocimiento ha efectuado una radical transformación de la idea de saber, hasta el punto de que cabría denominarla con propiedad la sociedad del desconocimiento, es decir, una sociedad que es cada vez más consciente de su no-saber y que progresa, más que aumentando sus conocimientos, aprendiendo a gestionar el desconocimiento en sus diversas manifestaciones: inseguridad, verosimilitud, riesgo e incertidumbre. Hay incertidumbre en cuanto a los riesgos y las consecuencias de nuestras decisiones, pero también una incertidumbre normativa y de legitimidad. Aparecen nuevas y diversas formas de incertidumbre que no tienen que ver con lo todavía no conocido sino también con lo que no puede conocerse. No es verdad que para cada problema que surja estemos en condiciones de generar el saber correspondiente. Muchas veces el saber de que se dispone tiene una mínima parte apoyada en hechos seguros y otra en hipótesis, presentimientos o indicios.

Este retorno de la inseguridad no significa que las sociedades contemporáneas dependan menos de la ciencia, sino todo lo contrario. Esa dependencia es incluso mayor; lo que ha cambiado es la ciencia y el saber en general. Desde hace tiempo dirigimos cada vez más la atención a una serie de aspectos que podrían entenderse como "debilidad de la ciencia": inseguridad, contextualidad, flexibilidad interpretativa, no-saber. Al mismo tiempo, han cambiado los problemas y, por tanto, el tipo de saber que se requiere. En muchos ámbitos —como, por ejemplo, la regulación de los mercados o los problemas ecológicos— ha de recurrirse a teorías que manejan modelos de verosimilitud pero ninguna previsión exacta en el largo plazo. En las más graves cuestiones que afectan a la naturaleza o al destino de los hombres estamos confrontados a riesgos en relación con los cuales la ciencia no proporciona ninguna fórmula de solución segura. Lo que hace la ciencia es transformar la ignorancia en incertidumbre e inseguridad (Heidenreich 2003, 44). La ciencia no está en condiciones de liberar a la política de la responsabilidad de tener que decidir bajo condiciones de inseguridad.

A pesar de que las ciencias han contribuido a ampliar enormemente la cantidad de saber seguro *("reliable knowledge"),* cuando se trata de sistemas de elevada complejidad, como el clima, el comportamiento humano, la economía o el medio ambiente, cada vez es más difícil obtener explicaciones causales o previsiones exactas, ya que el saber acumulado hace visible también el universo ilimitado del no-saber. Probablemente lo que está detrás de la erosión de la autoridad de los estados y la crisis de la política sea este proceso de fragilización y pluralización del saber, y no conseguiremos recuperar su capacidad configuradora mientras no acertemos a articular nuevamente el poder con las nuevas formas de saber. Una sociedad del riesgo exige una cultura del riesgo.

Durante mucho tiempo la sociedad moderna ha confiado en poder adoptar las decisiones políticas y económicas sobre la base de un saber (científico), racional y socialmente legitimado. Los persistentes conflictos sobre riesgo, incertidumbre y no saber, así como el continuo disenso de los expertos han demolido crecientemente y de manera irreversible esa confianza. En lugar de eso, lo que sabemos es que la ciencia con mucha frecuencia no es suficientemente fiable y consistente como para poder tomar decisiones objetivamente indiscutibles y socialmente legitimables. Pensemos en el caso de los riesgos que tienen que ver con la salud o el medio ambiente, que generalmente sólo pueden ser identificados con una certeza escasa. De ahí que las decisiones para este tipo de asuntos deban remitir no tanto al saber cuanto a una gestión de la ignorancia justificada, racional y legítima.

El modelo de saber que hasta ahora hemos manejado era ingenuamente acumulativo; se suponía que el nuevo saber se añade al anterior sin problematizarlo, haciendo así que retroceda progresivamente el espacio de lo desconocido y aumentando la calculabilidad del mundo. Pero esto ya no es así. La sociedad ya no tiene su principio dinámico en un permanente aumento del conocimiento y un correspondiente retroceso de lo que no se sabe. Hay todo un no-saber que es producido por la ciencia misma, una *"science-based ignorance"* (Ravetz 1990, 26). De manera que este no-saber no es un problema de falta provisional de información, sino que, con el avance del conocimiento y precisamente en virtud de ese crecimiento, aumenta de manera más que proporcional el no-saber (acerca de las consecuencias, alcances, límites y fiabilidad del saber) (Luhmann 1997, 1106). Si en otras épocas los métodos dominantes para combatir la ignorancia consistían en eliminarla, los planteamiento actuales asumen que hay una dimensión irreductible en la ignorancia, por lo que debemos entenderla, tolerarla e incluso servirnos de ella y considerarla un recurso (Smithson 1989; Wehling 2006). Un ejemplo de ello es el hecho de que en una sociedad del conocimiento el riesgo que supone "la confianza en el saber de los otros" se haya convertido en una cuestión clave (Krohn 2003, 99). La sociedad del conocimiento se puede caracterizar precisamente como una sociedad que ha de aprender a gestionar ese desconocimiento.

Los límites entre el saber y el no-saber no son ni incuestionables, ni evidentes, ni estables. En muchos casos es una cuestión abierta cuánto se puede todavía saber, qué ya no se puede saber o qué no se sabrá nunca. No se trata del típico discurso de humildad kantiana que confiesa lo poco que sabemos y qué limitado es el conocimiento humano. Es algo incluso más impreciso que esa "ignorancia especificada" de la que hablaba Merton; me refiero a formas débiles de desconocimiento, como el desconocimiento que se supone o se teme, del que no se sabe exactamente *lo que* no se sabe y

hasta qué punto no se sabe. En muchas ocasiones desconocemos lo que puede suceder, pero también incluso *"the area of posible outcomes"* (Faber / Proops, 1993, 114).

La apelación a los *"unknown unknowns"* que están más allá de las hipótesis de riesgos científicamente establecidas se han convertido en un argumento poderoso y controvertido en las controversias sociales en torno a las nuevas investigaciones y tecnologías. Por supuesto que sigue siendo importante ampliar los horizontes de expectativa y relevancia de manera que sean divisables los espacios del no-saber que hasta ahora no veíamos, proceder al descubrimiento del "desconocimiento que desconocemos". Pero esta aspiración no debería hacernos caer en la ilusión de creer que el problema del no-saber que se desconoce puede resolverse de un modo tradicional, es decir, disolviéndolo completamente en virtud de más y mejor saber. Incluso allí donde se ha reconocido expresamente la relevancia del no-saber desconocido sigue sin saberse *lo que* no se sabe y *si* hay algo decisivo que no se sabe. Las sociedades del conocimiento han de hacerse a la idea de que van a tener que enfrentarse siempre a la cuestión del no-saber desconocido; que nunca estarán en condiciones de saber si y en qué medida son relevantes los *"unknown unknowns"* a los que están necesariamente confrontadas.

Como advierte Ulrich Beck, lo que caracteriza a esta *época de las consecuencias secundarias* no es el saber sino el no-saber (1996, 298). Este el verdadero terreno de batalla social: quién sabe y quién no, cómo se reconoce o impugna el saber y el no saber. Si nos fijamos bien, de hecho las confrontaciones políticas más importantes son valoraciones distintas del no-saber o de la inseguridad del saber: en la sociedad compiten diferentes valoraciones del miedo, la esperanza, la ilusión, las expectativas, la confianza, las crisis, que no tienen un correlato objetivo indiscutible. Como efecto de esta polémica, se focalizan aquellas dimensiones de no-saber que acompaña al desarrollo de la ciencia: sobre sus consecuencias desconocidas, las cuestiones que deja sin resolver, sobre las limitaciones de su ámbito de validez… Las controversias suelen tener como objeto no tanto el saber mismo como el no-saber que lo acompaña inevitablemente. Quien discute el saber contrario o dominante lo que hace es precisamente eso: *"drawing attention to ignorance"* (Stocking 1998), subrayar precisamente aquello que ignoramos.

Esa "politización del no saber" (Wehling 2006) se hizo patente, por ejemplo, en el marco de las controversias acerca de la política tecnológica a partir de los años 70. No es sólo que cada vez hubiera más conciencia de esa relevancia de lo desconocido, sino que esa percepción y su valoración correspondiente cada vez eran más dispares. Lo que para unos era fundamen-

talmente motivo de temor, despertaba en otros unas expectativas prometedoras. Mientras que unos hablaban de un déficit cognoscitivo pasajero, otros entendían que había algo que nunca se podría saber. Esto ocurría en un momento en el que todos éramos conscientes de que la ciencia no solo producía saber sino también incertidumbre, "zonas ciegas" y no-saber. Los miedos y las inquietudes presentes en buena parte de la opinión pública no son plenamente infundados, como acostumbran a suponer los defensores de una tecnología de riesgo cero. Tras el rechazo social de algunas opciones técnicas hay con frecuencia una percepción de determinadas ignorancias o incertidumbres que la ciencia y la técnica deberían reconocer. En este y en otros conflictos similares lo que chocan son percepciones divergentes e incluso enfrentadas del no-saber.

A partir de ahora nuestros grandes dilemas van a girar en torno al *"decision-making under ignorance"* (Collingridge 1980). La decisión en condiciones de ignorancia requiere nuevas formas de justificación, legitimación y observación de las consecuencias. ¿Cómo podemos protegernos de amenazas frente a las que por definición no se sabe qué hacer? ¿Y cómo se puede hacer justicia a la pluralidad de las percepciones acerca del no-saber si desconocemos la magnitud y la relevancia de lo que no se sabe? ¿Cuánto no-saber podemos permitirnos sin desatar amenazas incontrolables? ¿Qué ignorancia hemos de considerar como relevante y cuánta podemos no atender como inofensiva? ¿Qué equilibrio entre control y azar es tolerable desde el punto de vista de la responsabilidad? Lo que no se sabe, ¿es una carta libre para actuar o, por el contrario, una advertencia de que deben tomarse las máximas precauciones?

Las sociedades se enfrentan al no-saber de diversas maneras: desde el punto de vista social las sociedades reaccionan con disenso; desde el punto de vista temporal, con entendimientos provisionales; desde el punto de vista objetivo, con imperativos que tratan de protegerse frente a lo peor (Japp 1997, 307). Pensemos en el caso del "principio de precaución", que forma ya parte de los tratados de la Unión Europea y de acuerdos internacionales como la declaración de Río sobre el clima. De acuerdo con ellos, la adopción de medidas eficientes para evitar daños serios e irreversibles como el cambio climático no debe ser retrasada por el hecho de que no exista una total evidencia científica. El principio de precaución sigue siendo, no obstante, una norma controvertida cuyas interpretaciones son muy divergentes. En cualquier caso, este tipo de planteamiento son interesantes en la medida en que exploran las consecuencias de algunas decisiones, la verosimilitud de que acontezcan determinados daños, los criterios bajo los cuales esas consecuencias negativas pueden ser aceptables o la búsqueda de posibles alternativas.

Se está produciendo así la paradoja de que la sociedad del conocimiento ha acabado con la autoridad del conocimiento. El saber se pluraliza y descentraliza, resulta más frágil y contestable. Pero esto afecta necesariamente al poder, pues estábamos acostumbrados, siguiendo el principio de Bacon, a que el saber fortaleciera al poder, mientras que ahora es justo lo contrario y el saber debilita al poder. Lo que ha tenido lugar es una creciente pluralización y dispersión del saber que lo desmonopoliza y hace muy contestable. Junto a la forma tradicional de producción científica en las universidades aparecen nuevas formas de saber a través de una pluralidad de agentes en la sociedad, como el saber del las ONG, la cualificación profesional de los ciudadanos, el saber de los diversos subsistemas sociales, la accesibilidad de la información, la multiplicación del saber experto… En la medida en que se diversifica la producción de saber, disminuye también la posibilidad de controlar esos procesos. La sociedad del conocimiento se caracteriza por el hecho de que un creciente número de actores dispone de un fondo también creciente de diversos saberes, por lo que estos actores informados están en condiciones de hacer valer el propio saber frente a las intenciones de los gobiernos. En lugar de un aumento de las certezas, lo que tenemos son una pluralidad de voces que discuten cacofónicamente sus pretensiones de saber y sus definiciones del no-saber.

Jasanoff ha llamado "tecnologías de la humildad" (2005, 373) a una manera institucionalizada de pensar los márgenes del conocimiento humano -lo desconocido, lo incierto, lo ambiguo y lo incontrolable- reconociendo los límites de la predicción y del control. Un planteamiento semejante impulsa a tener en cuenta la posibilidad de consecuencias imprevistas, a hacer explícitos los aspectos normativos que se esconden en las decisiones técnicas, a reconocer la necesidad de puntos de vista plurales y aprendizaje colectivo. En este contexto, en lugar de la imagen tradicional de una ciencia que produce hechos objetivos "duros", que hace retroceder a la ignorancia y le dice a la política lo que hay que hacer, se necesita un tipo de ciencia que coopere con la política en la gestión de la incertidumbre (Ravetz 1987, 82). Para eso resulta necesario desarrollar una cultura reflexiva de la inseguridad, que no perciba el no-saber como un ámbito exterior de lo todavía no investigado (Wehling 2004, 101), sino como algo constitutivo del saber y de la ciencia. Lo que no se sabe, el saber inseguro, lo meramente verosímil, las formas de saber no científico y la ignorancia no han de considerarse como fenómenos imperfectos sino como recursos (Bonss 2003, 49). Hay asuntos en los que, al no haber un saber seguro y sin riesgos, debe desarrollarse estrategias cognitivas para actuar en la incertidumbre. Entre los saberes más importantes está la valoración de los riesgos, su gestión y comunicación. Hay que aprender a moverse en un entorno que ya no es de claras relaciones entre causa y efecto, sino borroso y caótico.

Blibliografía

Beck, Ulrich (1996), "*Wissen oder Nicht Wissen? Zwai Perspektiven reflexiver Modernisierung*", en Beck, Ulrich / Giddens, Anthony / Lash, Scott, *Reflexive Modernisierung, Eine Kontroverse*, Frankfurt: Suhrkamp.

Bonss, Wolfgang (2003), *"Jenseits von Verwendung und Transformation",* en Franz, H. W. / Howaldt, J. / Jacobsen, H. / Kopp, R. (eds.), *Forschen — lernen — beraten. Der Wandel von Wissensprodukction und –transfer in der Sozialwissenschaften,* Berlin: Sigma, 37-52.

Collingridge, D. (1980), *The Social Control of Technology,* New York: St. Martin's Press.

Faber, Malte / Proops, John L. (1993), *Evolution, Time, Production and the Environement,* Berlin: Springer.

Heidenreich, 2003, *"Die Debatte um die Wissensgesellschaft",* en Stefan Böschen / Ingo Schulz-Schaeffer (eds.), *Wissenschaft in der Wissensgesellschaft,* Wiesbaden: Westdeutscher Verlag, 25-51.

Japp, Kalus P. (1997), *"Die Beobachtung von Nichtwissen",* en *Soziale Systeme* 3, 289-312.

Jasanoff, Sheila (2005), *"Technologies of Humilty: Citizen Participation in Governing Science",* en Alexander Bogner / Helge Torgersen (eds.), *Wozu Exporten? Ambivalenzen der Beziehung von Wissenschaft und Politik,* Wiesbaden: VC, 370-389.

Krohn, Wolfgang 2003, 99, "Das Risiko des (Nicht-)Wissen. Zum Funktionswandel der Wissenschaft in der Wissensgesellschaft", en Stefan Böschen / Ingo Schulz-Schaeffer (eds.), *Wissenschaft in der Wissensgesellschaft,* Wiesbaden: Westdeutscher Verlag, 87-118.

Luhmann, Niklas (1997), *Die Gesellschaft der Gesellschaft,* Frankfurt: Suhrkamp.

Ravetz, Jerome R. (1987), *"Uncertainty, Ignorante and Policy",* en H. Brooks / Ch. Cooper (eds.), *Science for Public Policy,* Oxford: Pergamon Press.

— (1990), *The Merger of Knowledge with Power. Essays in Critical Science,* London / New York: Mansell.

Smithson, Michael (1989), *Ignorante and uncertainty. Emerging paradigms,* New York.

Stocking, S. Holly (1998), *"Drawing Attention to Ignorance",* en *Science Communication* 20, 165-178.

Wehling, Peter (2004), *"Weshalb weiss die Wissenschaft nicht, was sie nicht weiss? — Umrisse einer Soziologie des wissenschaftlichen Nichtwissens,* en Böschen, Stefan / Wehling, Peter (eds.), *Wissenschaft zwischen Folgenverantwortung und Nichtwissen,* Wiesbaden: Westdeutscher Verlag, 35-105.

— (2006), *Im Schatten des Wissens? Perspektiven der Soziologie des Nichtwissens,* Konstanz: UVK Verlagsgesellschaft.

La sociedad de la Incultura

¿Cara oculta de la sociedad del conocimiento?

Gonçal Mayos

Dos tesis

Dos tesis básicas desvelan una "sociedad de la incultura" que -¡gran paradoja!- se desarrolla de forma paralela y amenazadora con la "sociedad del conocimiento". En cierto sentido, es incluso su necesaria consecuencia hasta hoy inadvertida, la "sombra" que proyecta su luz, sus contrastes y sus contradicciones.

En primer lugar, a inicios del siglo XXI, estamos inmersos por lo que respecta al conocimiento en un inmenso proceso maltlhusiano: con las crecientes interrelaciones que genera la globalización e Internet, el crecimiento hiperbólico en la información disponible es muy superior al de la capacidad de los individuos para procesar dicha información. A pesar de las ayudas informáticas, bibliográficas, documentalistas, etc., la condición humana tiene unos límites biológicos y neuronales que impiden, a largo plazo, seguir la mencionada progresión geométrica de los conocimientos. Dada pues la creciente desproporción entre la capacidad colectiva para crear saber y la capacidad individual para asumirlo e integrarlo vitalmente, parece justificado y quizás inevitable el advenimiento de una "sociedad de la ignorancia" (Brey), "del desconocimiento" (Innerarity) o "de la incultura" (Mayos).

En segundo lugar, por encima de otras perspectivas similares, la denominación "sociedad de la incultura" parece describir más adecuadamente las paradojas y contradicciones que hoy emanan tras la "sociedad del conocimiento". Pues, continuará aceleradamente el proceso de creciente especialización de los expertos, con lo cual a medio plazo no se prevé el colapso del conocimiento experto ni de los técnicos especializados. Salvando los aspectos específicos destacadas por Innerarity, la "sociedad del conocimiento" científico-tecnológica podrá determinar lo que en cada caso será considerado como "cierto", "establecido por la ciencia" o "más adecuado tecnológicamente".

Ahora bien, sí que cabe dudar de que la mayoría de la población pueda tener un conocimiento, cultura o "sabia" composición general del estado global de los saberes humanos y sus problemáticas. Es decir continuará el conocimiento especializado y experto, pero aumentarán las dificultades de la gente (fuera del propio campo de especialización) para disponer de una "cultura" general o "capacidad de hacerse cargo" reflexivamente de las problemáticas humanas en conjunto. Ello no es accesorio pues, si la mayoría de la población no puede interiorizar tal conocimiento general, resultarán altamente problemáticas sus decisiones políticas a través del voto y la participación democrática.

Es imprescindible pues preguntarnos: ¿Puede prescindir la humanidad -especialmente una humanidad organizada democráticamente- de una tal cultura general en sus ciudadanos? ¿Una "sociedad de la incultura" puede continuar siendo democrática y/o hacerse cargo de sus problemas crecientemente complejos? ¿Puede continuar la actual construcción de la "sociedad del conocimiento" sin que paralelamente estemos labrando también una "sociedad de la incultura?

Proceso maltlhusiano

La globalización y la potente interrelación impulsada por las actuales tecnologías de la comunicación y la información (TIC) genera un claro proceso malthusiano en el conocimiento. El crecimiento hiperbólico en la información generada colectivamente es muy superior al aumento meramente aritmético en las posibilidades de los individuos para procesar dicha información.

El lúcidamente pesimista economista y demógrafo británico Robert Malthus[20] ya formuló una tesis parecida llamada "ley de Malthus". Decía: la producción de alimentos tiende a crecer a largo plazo según una progresión aritmética (del tipo: 2,4,6,8,10,12,14,16,18,20,22..., ó 2x), en cambio la población humana total y a largo plazo tiende aumentar en progresión geométrica (del tipo: 1,2,4,9,16,25,36,49,64,81,100,121..., ó x^2). A largo plazo y más allá de puntuales circunstancias favorables o desfavorables tanto en la producción de alimentos como en la población, la mencionada diferencia en sus respectivas tasas de crecimiento conlleva –afirma Malthus- que todas los incrementos alimenticios sean inevitablemente consumidos por el crecimiento demográfico; de tal manera que la mayoría de la humanidad tiende a vivir siempre en el límite de depauperación, si no se aplican drásticas políticas de moderación demográfica.

Pues bien, una ley muy similar a la de Malthus se cierne sobre las sociedades avanzadas, del conocimiento y sus culturas democráticas[21]. El saber producido colectivamente gracias a las TIC e Internet amenaza superar las capacidades cognitivas individuales de la gente. La actual "sociedad red" teorizada por Manuel Castells genera una progresión geométrica de enlaces, informaciones y conocimientos. La veloz circulación por sus nodos posibilita una gran interactividad, productividad y creatividad, permitiendo que proliferen exponencialmente las nuevas ideas o informaciones, y que, cada vez más, sean desarrolladas colectivamente y pasen a formar parte, simultáneamente, del patrimonio de todos y de nadie[22]. La enormidad de saber relevante producido amenaza superar las capacidades de la gente común; no tanto en cuanto expertos

en algún campo especializado, como en tanto que ciudadanos que tienen que decidir democráticamente y con conocimiento de causa sobre procesos crecientemente complejos.

Ciertamente y al menos a medio plazo, esa amenazante obsolescencia cognitiva en los individuos no se producirá en su campo profesional, especializado y donde sean expertos; pero sí en aquellos conocimientos generales que precisan para, en tanto que ciudadanos con derecho a voto, poder decidir democráticamente y con conocimiento de causa sobre los procesos crecientemente complejos que configuran la vida humana actual. No cabe duda de que la profesionalización y especialización laboral de los ciudadanos –en tanto que trabajadores- recibirá suficiente apoyo de todo tipo para garantizar a medio plazo que, en general, se alcancen los altos estándares productivos de la "sociedad del conocimiento", ni es necesario poner de manifiesto nuevamente cómo aumenta la distancia entre la gente y los países que han logrado incorporar las nuevas herramientas tecnológicas y adaptarse a las recientes exigencias cognitivas, y los que no.

Sí que es momento, en cambio, de plantear la duda, objetivamente justificable, de qué se hagan similares esfuerzos para preparar y formar los individuos en tanto que ciudadanos y para que puedan hacer frente a las exigencias responsables de sus decisiones políticas y de voto en cuestiones de gran complejidad e importancia para todos. La habitual limitación a lo meramente productivo a corto plazo (sin duda uno de los peores vicios de nuestra sociedad) suele dejar, cada vez con mayor frecuencia, las cuestiones políticas, éticas y sociales a largo plazo y que atañen al conjunto, a merced de la benevolencia o responsabilidad individual. Como si se tratara de algo sin importancia o de mucho menor interés, se relega todo ello no sólo a la responsabilidad individual, sino al espacio de "tiempo libre" o de "ocio", en una competencia totalmente desproporcionada con los alicientes, tentaciones, diversiones y propuestas de consumo desaforado que la sociedad "del consumo" y "del espectáculo" ofrece.

Frente a la creciente obsolescencia cognitiva de los ciudadanos (que son la condición última de la democracia), poco pueden hacer a largo plazo las mejoras en la alfabetización de la población, en documentalística, en facilitar el acceso a la información o, incluso, los notables e indudables avances tecnológicos pues, en última instancia, deben ser ciudadanos de a pie y con sus concretas dotaciones neuronales o fisiológicas, los que se hagan cargo de la información generada colectivamente y en constante crecimiento exponencial. En última instancia, también y necesariamente han de ser ciudadanos de a pie los que deciden democráticamente a partir de su buen entender personal sobre las cuestiones humanas más complejas.

La incultura como peligro para la democracia

Hay un consenso bastante generalizado entre los analistas sobre que, en la actualidad, es constatable la creciente incapacidad de muchos ciudadanos para ejercer con rigor su voto y tutela democráticos. Gran parte de la ciudadanía se desentiende de lo público común y se retira a lo privado, ya sea a un ocio banalmente reducido a mera diversión, ya sea profesionalmente a un trabajo superespecializado y fragmentario.

La evolución de la sociedad moderna ha tendido a magnificar la vida privada en detrimento de la pública, de la política colectiva y de la buena salud de la democracia. Puede parecer una paradoja, pero la misma modernidad que edificó la democracia, la está banalizando o debilitando su salud a medida que desvía los esfuerzos e intereses de los ciudadanos hacia lo privado. Por una parte, la vida profesional "privada" concentra y exige cada vez más los esfuerzos continuados de la población. Además, otra amplísima parte del tiempo y disponibilidades restantes se dedican a una vida aún más "privada" de ocio, consumo y diversión.

El ciudadano moderno siente una indudablemente fuerte presión para que mantenga y acreciente su capacitación productiva, profesional, especializada y experta. Sin ninguna dura siente una muy similar presión para consumir los más variados productos y llenar satisfactoriamente su tiempo de ocio y esparcimiento. Nada que objetar a todo ello pues son claramente las dos dimensiones clave de la actual sociedad avanzada: conocimiento y alta productividad tecnológica, pero también consumo y espectáculo. No obstante muchas veces se obvia el precio pagado por ello, el costo subyacente de relegar a la vida política "pública" a un segundo plano. Por ello languidece y se debilita la exigencia ciudadana de atender colectiva y democráticamente a las dificultades globales crecientemente complejas de las sociedades actuales.

Evidentemente no olvidamos que, desde hace décadas, las posibilidades de la representación democrática minimizan el creciente interés y obsolescencia cognitiva de los ciudadanos frente a los complejos problemas públicos. Se considera y se tiende –a nuestro parecer excesivamente- a desplazar muchas cuestiones del debate ciudadano, remitiéndolas a la decisión (o al menos mediación) de "comités expertos", de "informes técnicos" o de los foros políticos "profesionales" dentro y fuera de los partidos. La poca preparación o disponibilidad de los ciudadanos para hacerse cargo de todos los complejos entresijos de lo público y de lo político es la causa de la actual incultura política y debilidad democrática. Ahora bien, suele ser una razón muchas veces esgrimida pero pocas veces analizada a fondo y, aún menos, con decidida voluntad de enmendarla.

El resultado es claro: cada vez más importantes asuntos que atañen a todos y afectan al común se deciden en canales para-democráticos alejados de la ciudadanía, del ejercicio más directo de la democracia y limitados a expertos y políticos profesionales. No es extraño, en contrapartida, que gran parte de la política democrática (a veces simplemente "demoscópica") pase a centrarse en la lucha para influir emotivamente en el cuerpo electoral a través de los grandes medios de comunicación.

El actual dominio de la propaganda epidérmica, dirigida a las pasiones de las masas, casi sin argumentos ni datos fiables, y que busca sobre todo la movilización o manipulación demoscópica, aumenta la obsolescencia cognitiva creciente por parte del ciudadano de a pie. La razón es simple: éste no tan sólo debe dedicar sus esfuerzos para hacerse una opinión fundamentada de los problemas colectivos y su posible solución política, si no que además debe dedicar un importante esfuerzo adicional para mirar de encarar los problemas democráticos con una mínima ecuanimidad. A pesar de ser muy conscientes y críticos con la actual deriva propagandista de la democracia, y que sin duda aumentan los efectos del proceso malthusiano en el conocimiento, no profundizaremos en ello para seguir más puramente nuestro hilo argumentativo.

Las cuestiones económicas y políticas básicas son hoy de una complejidad que, ¡superando a los especialistas, cómo no va superar a los ciudadanos medios! Baste recordar la sorpresa unánime y no prevista a corto plazo por ningún analista -en 1989- ante hechos tan importantes como la caída del muro de Berlín, del "telón de acero" y de la URSS; o la sorpresa de los cracs en la bolsa de "las empresas.com", luego de las "hipotecas" y –finalmente- de la profunda crisis económica que hoy padecemos. El sociólogo Ulrich Beck[23] avisó sobre el enorme incremento del riesgo en las sociedades avanzadas simplemente por su aumento de complejidad, la integración global y la velocidad con que todo circula[24].

En otro orden de cosas, las posibilidades actuales en bioingeniería, genética, trasplantes o simplemente de intervenir científicamente en la gestión de la vida han provocado un comprensible y a veces virulento debate ciudadano. Muchas veces éste se lleva a cabo con prejuicios y posiciones emotivas muy infundadas; ello no debe extrañar pues cualquier ciudadano que haya querido hacerse una opinión fundamentada sobre los grandes debates bioéticos actuales, claramente queda superado por su creciente complejidad y sus múltiples implicaciones.

En los ejemplos mencionados vemos que, ciertamente, el conocimiento experto y especializado continúa con relativa buena salud (teniendo en cuen-

ta los límites apuntados por Innerarity), pero no es así en cambio por lo que respecta a la capacitación de los ciudadanos de a pie para hacerse cargo racional y democráticamente de los problemas humanos actuales. Tiene razón por ello, Antoni Brey al denunciar el advenimiento de una sociedad de la "ignorancia"; aunque nosotros preferimos hablar de "sociedad de la incultura" en la medida que sobre todo amenaza al saber y la cultura generales sin los cuales el individuo está inerme, desconcertado e incapacitado para toda reflexión o decisión política que vaya más allá de "intuir" los problemas y "reaccionar emotivamente" a ellos.

¿Alienación postmoderna?

Se ha convertido en un tópico vincular la "condición postmoderna" con el enorme incremento de las actitudes cínicas, desconcertadas, angustiadas, nihilistas, "pasotas", "escapistas"... Evidentemente tiene que ver con una profunda crisis de valores, pero nos proponemos apuntar que seguramente también tienen que ver con la percepción -por gran parte de la población- de que hoy las convicciones, las certezas y las verdades ya no son igualmente posibles como ayer.

A pesar que nadie duda del enorme incremento en el conocimiento colectivamente disponible por la humanidad, los individuos perciben que sus convicciones, certezas, verdades y consolidados valores "personales" han disminuido en número, en solidez y en seguridad. Inconscientemente, la gente intuye que un proceso malthusiano en el saber "corroe" las certezas, los valores y los ideales que les acompañaban; pues cada vez más les falta la cultura y perspectiva globales necesarias para acogerlos y defenderlos racionalmente. La sociedad, los valores y los saberes han perdido su anterior solidez y hoy se muestran fluidos, líquidos (como ha teorizado Zygmunt Bauman[25]).

En la modernidad, y durante siglos, la identidad de las personas solía estar muy vinculada al trabajo o a la profesión ejercida (Weber hablaba de "vocación"), que –se suponía- era para toda la vida –al menos si era exitosa. El sociólogo Richard Sennett denuncia la "corrosión del carácter" que a su parecer produce el capitalismo avanzado, pues: "¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿Cómo sostener relaciones sociales duraderas? ¿Cómo puede un ser humano desarrollar un relato de su identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos? (…) el capitalismo del corto plazo amenaza con corroer el carácter, en especial aquellos aspectos del carácter que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos una sensación de un yo sostenible."[26]

Todo lo anterior apunta a lo que podemos llamar la "alienación postmo-

derna". En plena "sociedad del conocimiento", una amenazante "alienación postmoderna" se cierne –paradójicamente- sobre la sociedad humana con mayor tasa de crecimiento cognoscitivo y en la circulación de las informaciones, provocando una paralela y hasta ahora inapreciada "sociedad de la incultura". En una dialéctica sorprendente y paradojal (aunque no tanto como podría pensarse), la capacidad humana colectiva de multiplicar exponencialmente los enlaces cognitivos y los saberes participa –de no mediar algún elemento corrector- en la creciente obsolescencia cultural de la mayoría de la población. Sencillamente, los individuos aisladamente y fuera de su especialización profesional son manifiestamente incapaces a largo plazo para seguir el ritmo exponencial de la producción cognitiva colectiva, global y especializada.

Hablando con sencillez, la sociedad del conocimiento, ultraespecializada y a lomos de las TIC[27], amenaza a sus ciudadanos con la obsolescencia en todos los campos en los que no sean expertos profesionales. Brevemente: la sociedad del conocimiento no sólo se solapa con la sociedad de la incultura, si no que la crea o -al menos- la pone en toda su evidencia. La expertez y la ultraespecialización (al menos tal y como se desarrollan en nuestras sociedades avanzadas) conllevan la creciente incultura a que nos vemos abocados –en tanto que ciudadanos de a pie- para hacernos cargo personalmente de lo global y común al género humano.

Se suele considerar y es ya un tópico, que la "sociedad del conocimiento" evidencia, finalmente y con toda contundencia, que la especialización de los expertos profesionales "triunfa" por encima de los viejos "sabios" contemplativos y de los "hombres cultos" del Renacimiento. Aparentemente es el triunfo definitivo de los científicos, ingenieros y tecnólogos por encima de los humanistas y los filósofos. De poco sirve argumentar que la ciencia está cada vez más supeditada a la aplicación tecnológica y que los científicos cada vez se convierten en meros gestores tecnológicos. Tampoco relativiza el tópico anterior, argumentar que cada vez más los científicos se sienten meros instrumentos de un proceso productivo que no controlan ni, a veces, conocen en su globalidad. Como ya sucedió en el famoso Proyecto Manhattan que llevaría a la bomba atómica, los científicos pierden el control y agencia autónoma de su investigación dentro de las macroestructuras en las que hoy están inscritos. Unas veces se dice que es por "seguridad", otras para evitar el "espionaje industrial", pero muchas veces es simplemente un resultado de ultraespecialización y la jerarquización institucional.

En la actualidad hay consenso general en qué también resulta imposible al científico hacerse cargo globalmente de los múltiples avances en el conjunto de las teorías, áreas y disciplinas científicas. Ello es un claro efecto del

proceso malthusiano en los saberes que afecta a la actual "sociedad del conocimiento", pero insistimos que no prevemos por esta dirección el colapso o radical obsolescencia cognitiva a medio plazo. La "alienación postmoderna" que parece ser la consecuencia inadvertida de ese proceso se manifiesta más bien en la incultura y la obsolescencia cognitiva que amenaza con incapacitarnos para el ejercicio responsable de la ciudadanía democrática.

Además y como hemos apuntado, la creciente separación entre ciudadanía y las instituciones democráticas sólo se intenta compensar recurriendo a "políticos profesionales", a "expertos" y a "comités técnicos". Se olvida que éstos, dada su ultraespecialización y la lógica dependencia de las reglas internas de su "gremio", están abocados a lo que los griegos clásicos llamaban "idiotez"[28] o, al menos, una notable "ceguera" respecto al conjunto del mundo, de lo humano y de las necesidades globales hoy. Una vez más la especialización en un aspecto, provoca la ceguera o inatención respecto a lo común, compartido y humano en general.

El postmodernismo ha destacado la importancia de la sociedad del conocimiento, de las tecnologías de la comunicación y la información (p.e. Jean-François Lyotard o Gianni Vattimo) pero también de otros aspectos de la sociedad contemporánea muy vinculados con lo que llamamos "sociedad de la incultura". Nos referimos por ejemplo a la "sociedad del espectáculo" teorizada por Guy Debord y los situacionistas, la cultura "del simulacro" denunciada por Jean Baudrillard o la "era del vacío" analizada por Gilles Lipovetsky[29].

Muy similarmente pero bastante antes, Jorge Luis Borges anticipó magistralmente en "La biblioteca de babel"[30] la angustiante y paradójica sensación que provoca el proceso malthusiano en el saber: "A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún anaquel en algún hexágono encerraba libros preciosos y de que esos libros preciosos eran inaccesibles, pareció casi intolerable. {...} La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. {...} Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana –la única- está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta."

La sociedad postmoderna del conocimiento y las TIC ha creado los medios para que la creación colectiva del saber pueda expandirse exponencialmente y subsista sin necesitar a la conciencia, memoria, reflexión... de ningún humano individual o en concreto. La "sociedad del conocimiento" hace posible que el saber exista por los nodos de Internet con independencia

de cualquiera de nosotros. Por ello, en la actualidad no importa si jamás nadie llega a interesarse por algunos aspectos concretos y, por supuesto, si es imposible que ningún individuo pueda conocer la totalidad del conocimiento creado colectivamente y nadie pueda hacerse cargo de la estructura del conjunto. Eso es lo que Antoni Brey llama "sociedad de la ignorancia", Daniel Innerarity "sociedad del desconocimiento" y nosotros "sociedad de la incultura" (o en virtud de la época donde se evidencia: "alienación postmoderna").

Referencias

1. The Guardian, 22 de mayo de 2005. Puede consultarse la entrevista completa en http://www.guardian.co.uk/science/2005/may/22/comment.observercomment

2. Aristóteles. *Metafísica*, 980a-982b7

3. Peter F. Druker. The Age of Discontinuity: Guidelines to Our Changing Society. Harper & Row, 1969.

4. Firtz Machlup. The Production and Distribution of Knowledge in the United States. Princeton Univ Press, 1962.

5. Karl Marx en su debate con el economista alemán Friedrich Lict, 1845.

6. Manuel Castells. The Information Age: Economy, Society, and Culture. Blackwell Publishers, 1996-2003.

7. Gilles Lipovetsky. Les temps hypermodernes. Grasset, 2004.

8. Donella H. Meadows, Jorgen Randers, Dennis L. Meadows. Limits to Growth: The 30-Year Update. Chelsea Green, 2004.

9. Alfons Cornella. Com sobreviure a la Infoxicació. http://www.infonomia.com/img/pdf/sobrevivir_infoxicacion.pdf

10. Neil Postman. Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business. Penguin Books, 1985.

11. Jeroen Boschma, Inez Groen. Generatie Einstein, slimmer sneller en socialer: communiceren met jongeren van de 21ste eeuw. Pearson Education, 2006.

12. John C. Beck, Mitchell Wade. The Kids are Alright: How the Gamer Generation is Changing the Workplace. Harvard Business School Press, 2006.

13. Alan Sokal, Jean Bricmont. Impostures intellectuelles. Odile Jacob, 1997.

14. Russell Jacoby. The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe. Basic Books, 1987.

15. Allan Bloom. The Closing of the American Mind. New. Simon & Schuster, 1987.

16. The Matrix. Wachowski brothers. Warner Bros, 1999.

17. José Ortega y Gasset. La rebelión de las masas. Revista de Occidente, 1930.

18. Giovanni Sartori. Homo videns. Televisione e post-pensiero. Laterza, 1997.

19. Este modelo está siendo sometido a crítica desde varios ángulos y por diversos autores. Desde el punto de vista de la sostenibilidad, por el anteriormente citado *Limits to Growth*. Como modelo para aportar felicidad al ser humano, por ejemplo en *El fetiche del crecimiento,* de Clive Hamilton, e incluso poniendo en duda la misma idea de progreso, en varios trabajos de John Gray.

20. Robert Malthus (1766-1834) fue educado según los principios pedagógicos de Rousseau, renunció a su ordenación como sacerdote anglicano al casarse y fue profesor de economía en una nueva institución universitaria destinada a formar los funcionarios de ultramar del Imperio británico. En 1798, influido por Adam Smith y David Hume, publicó anónimamente su célebre *Ensayo sobre el principio de la población por lo que afecta a la futura mejora de la sociedad*, que provocó una enorme polémica. En 1804 apareció una edición ya firmada por su autor, ampliada y corregida con las investigaciones de los viajes de Malthus por gran parte de Europa. También publicó *Observaciones sobre los efectos de las leyes de granos, Investigación sobre la naturaleza y progreso de la renta* y *Principios de economía política.*

21. Véase mi conferencia **L'alienació postmoderna** en la **UPEC (Universitat Progressista d'Estiu de Catalunya)**, pronunciada el julio del 2008.

22. Véanse los libros de Manuel Castells: (2006) La Sociedad red. Una visión global, Madrid: Alianza, y (2004) Sociedad del conocimiento, Barcelona: UOC.

23. Véanse básicamente los libros de Ulrich Beck: (2002) *La sociedad del*

riesgo global (Madrid: Siglo XXI), (2006) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad* (Barcelona: Paidós) y (2008) *La sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida* (Barcelona: Paidós).

24. El sociólogo alemán Ulrich Beck define la actualidad en términos de "sociedad del riesgo", precisamente porque la creciente interrelación mundial comporta e incrementa muchos peligros. Un ejemplo muy claro fue la rápida propagación global de la sida, que ya tuvo un antecedente en la famosa "peste negra" de mediados del siglo XIV. Recordemos que la peste negra pudo viajar en los barcos que por mar enlazaban por primera vez en la historia el Extremo Oriente (donde brotó la enfermedad) y los más ricos y populosos puertos del Mediterráneo. Evidentemente hoy las muy superiores posibilidades de rapidísima y masiva circulación de mercancías y personas acentúan los riesgos.

25. Destacamos los libros de Zygmunt Bauman: (2003) Modernidad líquida, México: FCE; (2003) Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil, Madrid: S.XXI; (2007) Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores, Barcelona: Paidós; y (2007) Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre, Barcelona: Tusquets.

26. Richard Sennett (2000: 25) *La Corrosión del caràcter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.

27. Alfons Cornella ha creado para denominar ese fenómeno el agudo neologismo "infoxicación".

28. En el sentido griego etimológico de incapaz por estar totalmente aislado o separado de aquello de lo que se trata. Políticamente se aplicaba a aquellos que sólo atendían a sus intereses privados y eran incapaces de valorar o atender a los intereses comunes.

29. Complementada por sus obras sobre *El crepúsculo del deber* o *La sociedad de la decepción.*

30. Cito per les *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires: Emecé, pp.468 i 470s. Subrayados de G.M.

otros títulos publicados

1 **Hacia la empresa en red**
Alfons Cornella

2 **De la idea a la empresa**
Marcel Planellas

3 **Capital intelectual**
Carlos Obeso

4 **Visualización de la información: una visita guiada**
Juan Carlos Dürsteler

5 **Gestión del conocimiento**
Agustí Canals

6 **Sanidad en un mundo digital**
Albert Oriol

7 **Servicios financieros: la era del cliente**
Salvador Mas

8 **E-learning, corporate learning**
Íñigo Babot

9 **Días de 25 horas**
Ramon Bori, Laura Miñano

10 **KNewton: buscando un orden en la información**
Alfons Cornella

11 **Más días de 25 horas**
Ramon Bori, Laura Miñano, Epi Amiguet

12 **El fenómeno Wi-Fi**
Antoni Brey

13 **Software libre: técnicamente viable, económicamente sostenible y socialmente justo**
Jordi Mas

14 **Infonario: hacia un diccionario de la infonomía**
Laura Rosas

La Sociedad de la Ignorancia
y otros ensayos

Asistimos, desconcertados y fascinados a la vez, al nacimiento de nuevas formas de comunicación que constituyen una revolución comparable a la aparición del habla, la escritura o la imprenta, que están transformando radicalmente el mundo que nos rodea y que nos sitúan en el inicio de un nuevo período histórico, la Segunda Edad Contemporánea.

Ante ese escenario, y pesar de las grandes expectativas generadas en cuanto a las potencialidades de las nuevas sociedades en red, debemos preguntanos: ¿Vamos hacia una Sociedad del Conocimiento o más bien nos encaminamos sin remedio hacia la Sociedad de la Ignorancia?

Av. Icària 205 - 08005, Barcelona - Tel. +34 93 224 01 50 - info@infonomia.com